

EL ORIGEN DEL NUEVO TESTAMENTO

POR

DR. WILLIAM WREDE¹

PROFESOR DE EXEGESIS DEL NUEVO TESTAMENTO
EN LA UNIVERSIDAD DE Breslau (1893-1906)

TRADUCIDO

POR

JAMES S. HILL, BD
RECTOR DE STOWEY, SOMERSET

CONTENIDO

PREFACIO DEL TRADUCTOR

INTRODUCCIÓN

I. PABLO Y LAS EPÍSTOLAS PAULINAS

PERSONALIDAD DE PABLO
LAS EPÍSTOLAS DE PABLO
1 CORINTIOS
GALATEOS
ROMANOS
2 CORINTIOS
1 TESALONICENSES
FILIPENSES
COLOSENSES
PHILEMON
AUTENTICIDAD DE LAS EPÍSTOLAS
2 TESALONICENSES
EFESIOS
EPÍSTOLAS A TIMOTEO Y TITO

II. LOS EVANGELIOS

LOS SINÓPTICOS
MARCOS
MATEO
LUCAS
EL PROBLEMA SINÓPTICO
EL DESARROLLO DE LA VIDA DE JESÚS
EL EVANGELIO DE JUAN

III. LOS RESTANTES LIBROS DEL NUEVO TESTAMENTO

HECHOS DE LOS APÓSTOLES
EPÍSTOLA A LOS HEBREOS
LAS EPÍSTOLAS CATÓLICAS
2 PEDRO
JUDAS
1 PEDRO
EPÍSTOLA DE SANTIAGO
EPÍSTOLAS DE JUAN
REVELACIÓN DE JUAN

IV. EL CANON DEL NUEVO TESTAMENTO

¹ *Georg Friedrich Eduard William Wrede (1859 - 1906) fue un teólogo luterano y académico alemán.*

PREFACIO DEL TRADUCTOR ²

El presente breve y claro ensayo sobre *El origen del Nuevo Testamento* fue originalmente dictado por el difunto profesor Wrede a una audiencia educada de laicos, en forma de conferencias. El lector no dejará de percibir marcas de esto en el estilo directo y personal a lo largo de todo el proceso.

Adquiere un cierto interés melancólico por ser una publicación póstuma. Es uno de los restos literarios del difunto profesor William Wrede, publicado por su hermano con la ayuda de un amigo del teólogo fallecido. El presente trabajo está destinado, y se adapta, a un círculo de lectores mucho más amplio que sus obras más elaboradas y técnicas. El laico interesado, o el clérigo con tiempo insuficiente a su disposición para un estudio especial más amplio, encontrará aquí un resumen y, teniendo en cuenta los límites del espacio, un relato exhaustivo de la presente crítica de los orígenes del Nuevo Testamento a partir de lo que comúnmente se conoce como el punto de vista de la escuela "avanzada". El trabajo en sí mismo explica suficientemente y aclara su punto de vista.

El estudiante o el lector reflexivo apenas necesitarán que se les recuerde que es obviamente imposible, en el límite de tan pocas páginas, en un tratado tan pequeño y popular, desarrollar a fondo los argumentos más conservadores y tradicionales, por no decir ortodoxos. Para eso, el estudiante interesado deberá consultar otras fuentes.

Cabe dar un ejemplo. Sobre la cuestión del temprano fallecimiento por martirio de S. Juan, que impediría considerarlo autor del evangelio tradicionalmente atribuido a él, Wellhausen hace la confiada declaración de que Juan sufrió el martirio con su hermano Santiago en Jerusalén; Harnack —en una reseña del artículo Tradiciones sobre la muerte de Juan, hijo de Zebedeo, en el *Irish Quarterly* de 1908— le responde que el énfasis en esta afirmación no la hace más cierta. Wellhausen se basó en dos argumentos cuestionables aparte de la controvertida interpretación de Marcos 10,35, y media docena de argumentos fuertes lo contradicen. Wrede admite, de la manera simple y sincera que caracteriza su estilo en este libro, que ese es un punto dudoso. Y en otro artículo muestra cómo pudo haber surgido la, probablemente falsa, tradición de esa muerte de mártir. Esto puede servir para ilustrar cómo el estudiante interesado puede extender su lectura, y distinguir los puntos ciertos de aquellos que están lejos de ser resueltos, pero también muestra la franqueza que marca el estilo de Wrede. No se pronuncia enfáticamente si no existe certeza.

En una obra mucho más extensa sobre San Pablo —lo que aquí se dice sobre el Apóstol es solamente un eco de aquello— Wrede traza un contraste y, por así decirlo, una antinomia entre San Pablo y Jesús. De esta antinomia no hay rastros en este escrito, pero lo que se dice es suficiente para dar un perfil del autor de las epístolas cuyo origen Wrede trata de manera tan compacta.

El estudiante más exigente no podrá acusar a este trabajo de falta de reverencia o consideración de las opiniones y sentimientos de los demás, mientras que todos los que se interesen sin prejuicios en el tema se alegrarán de poseer, tan maravillosamente claros y de forma tan compacta, los resultados de la labor en estos serios e importantes problemas. No se desperdicia ni una palabra de principio a fin. Solo un experto, maestro de su tema, podría haber empacado tanto en un espacio tan pequeño.

JAMES S. HILL.
STOWEY RECTORY,
Marzo de 1909.

² Esta traducción al castellano fue realizada por CDG en Asunción, Paraguay, en agosto de 2018, a partir de la traducción al inglés del Rev. Hill. Los subrayados y sombreados pertenecen a esta versión castellana.

EL ORIGEN DEL NUEVO TESTAMENTO

INTRODUCCIÓN

PERMÍTANOS retroceder en el pensamiento doscientos años, hasta ese momento cuando el tema del origen del Nuevo Testamento no era de interés ampliamente extendido y las cosas estaban en una posición completamente diferente. La pregunta: "¿cómo nació ese libro, pequeño, pero extraordinariamente influyente, y tan infinitamente importante para la humanidad, que llamamos el Nuevo Testamento?" En ese momento el tema no existía en círculos académicos amplios, y escasamente para la ciencia teológica misma. Sólo los primeros comienzos de un tratamiento científico estaban presentes, y casi otros cien años transcurrieron antes de que comenzara el trabajo extraordinariamente celoso y duradero que la ciencia teológica ha estado aplicando desde entonces para obtener una respuesta a la pregunta.

Sin duda, incluso hoy en día el resultado de este trabajo no se ha generalizado entre las clases educadas, aunque se percibe ahora que hay un interés en el problema en los círculos más amplios, y particularmente entre todos aquellos que buscan una reconciliación de los intereses de la religión y los resultados de la ciencia moderna; y también entre muchos que tienen poco de interés religioso pero desean simplemente, como hombres educados, saber cuál es el estado del tema de la fuente clásica del cristianismo, que es el Nuevo Testamento.

Esta apertura para el tema, este interés en las preguntas que aquí se presentan dan a un experto científico el derecho a hablar claramente sobre estos asuntos. Es perfectamente cierto que es un tema de especial delicadeza, porque los intereses intelectuales y emocionales están en todas partes ligados a él. Pero es igualmente cierto decir que es imposible que la ciencia permanezca oscurantista. Debe permitirse comunicar honesta y abiertamente lo que ha investigado honestamente a aquellos que honestamente preguntan.

Ahora preguntar es *querer saber*; por lo tanto, responder es comunicar conocimiento. Esto indica brevemente lo que intento en mi trabajo. Tengo la intención de explicar lo que sabemos sobre el origen del Nuevo Testamento y cuánto sabemos. Eso es todo. Hago hincapié en esto porque algunos podrían esperar algo que este trabajo no está destinado a ofrecer. No tengo el plan de defender el Nuevo Testamento contra objeciones, ni siquiera atacar y refutar ciertas ideas sobre el Nuevo Testamento, o su valor. Ese tipo de programa secundario es ajeno a mi propósito. Es el privilegio legítimo de la ciencia real y genuina ignorar todo lo que tiene que ver con las pasiones teológicas y las controversias de la época, y sin ambages apuntar a un solo fin, es decir, llegar al fondo de los hechos. Deseo hacer uso de ese privilegio en este momento.

Pero una cosa debe ciertamente anticiparse con claridad, ya que no debe permitirse que surjan malentendidos. **La antigua convicción que para muchos todavía permanece inquebrantable con respecto al origen sobrenatural de la Biblia, especialmente del Nuevo Testamento, la ciencia no la puede compartir, porque la ciencia misma ha destruido esa idea. La han destruido incluso los hechos más simples; por ejemplo, las múltiples contradicciones que existen en las narraciones de los cuatro evangelios. Es, además, demostrable que cuando surgieron las escrituras del Nuevo Testamento esta idea del origen sobrenatural de la Biblia no existía; es un juicio posterior de la Iglesia sobre esos escritos. Los libros del Nuevo Testamento no fueron, como se pensó alguna vez, literalmente dictados a los autores humanos por Dios mismo; más bien fueron escritos por hombres de una manera completamente humana; en una palabra, son libros con orígenes históricos, monumentos conmemorativos de una historia religiosa, la historia del cristianismo en la época de su comienzo.**

Esto no impugna el valor religioso del Nuevo Testamento ni afecta la sublimidad de sus ideas. Pero **es bastante claro que la pregunta sobre el origen del Nuevo Testamento es una cuestión histórica y puramente histórica.**

El teólogo que se ocupa del Nuevo Testamento es un académico de la historia. Indaga de la misma manera que el que se esfuerza por determinar a partir de documentos antiguos la historia primitiva del Estado romano o el origen y la edad de los libros de los hindúes. Incluso los llamados teólogos ortodoxos no actúan teóricamente de una manera diferente. Proponen las mismas preguntas que los teólogos de la escuela liberal o crítica, y las responden de acuerdo con consideraciones históricas.

Pero en todo esto radica el hecho de **que la investigación exige plena libertad; la línea de marcha no puede ser prescrita, o de lo contrario toda la investigación es mera ilusión y juego de niños.** Y todo erudito desapruueba con fervor y evita ansiosamente la mezcla de cualquier tipo de opinión teológica, de cualquier clase de prejuicios. El objetivo es determinar los hechos de un evento que pertenece largamente al pasado. ¿Cómo podrían las opiniones subjetivas, las convicciones teológicas personales, contribuir a su elucidación? Solo pueden ser una fuente continua de perturbación. El conocimiento de lo que una vez fue y lo que una vez sucedió nunca puede ser resuelto por consideraciones subjetivas, sino solo a partir de fuentes y documentos históricos.

Pero, ¿es la pregunta sobre el origen del Nuevo Testamento capaz de alguna solución? A esto no podemos responder con una mera afirmación, ni con una mera negativa. Sobre los orígenes de todos los grandes movimientos históricos suele haber una cierta penumbra. ¿No es esto cierto en muchos aspectos también del cristianismo? Es como con la semilla de maíz; la primera etapa de su crecimiento se completa debajo del suelo. Por supuesto, cualquiera que haya vivido en el período del comienzo del cristianismo probablemente haya notado su crecimiento. Pero es natural que una religión recién surgida no sienta, en primer lugar, la necesidad de la autoobservación y de disponer de una base de información para la posterioridad. Una religión en curso de formación tiene una vida intensa, pero no se ocupa de estudiarse a sí misma. Tal interés no surge hasta un momento posterior, y entonces una gran parte del período inicial se ha vuelto oscuro o ha desaparecido completamente de la vista. Con respecto a los escritos del Nuevo Testamento, la información fidedigna que puede derivarse de los escritores eclesiásticos posteriores es muy escasa. Nuestro conocimiento depende totalmente del Nuevo Testamento, que no fue creado para diseminar información sobre sí mismo; por eso es fácilmente comprensible que siempre haya muchas lagunas en nuestro conocimiento, incluso en asuntos importantes; y que a veces solo podamos acercarnos a la verdad por inferencia e hipótesis. De hecho, la suposición científica, la hipótesis, juega un papel importante en este tema. Y siempre existe la posibilidad de error. Esto es un reproche que se hace con entusiasmo contra la investigación teológica libre que, se dice, depende tanto de hipótesis, y muchas de estas hipótesis resultan insostenibles. Pero solo aquellos parcialmente informados se amedrentan por esta acusación. La hipótesis es un medio absolutamente necesario para avanzar gradualmente hacia un mejor conocimiento en una región oscura de investigación. Solo la persona que construye una hipótesis endeble y no distingue entre hipótesis y resultados seguros es culpable. Por lo demás, es muchas veces cierto: debemos tener el coraje de cometer errores, porque un error puede ser fructífero; puede contener elementos de verdad y ayudar a descubrir el camino correcto. La ciencia misma se encargará de no causar daños, ya que es un proceso incesante de autocorrección.

Sin embargo, no deseo en absoluto dar la impresión de que en nuestra área todo es inseguro y dudoso. Ese no es realmente el caso. Tras un trabajo incansable, la investigación ha tenido éxito en resolver, o resolver parcialmente, una gran cantidad de problemas. Incluso si debemos contentarnos con ignorar muchas cosas, y posiblemente nunca saber muchas otras, en tanto nuestro conocimiento de otros puntos es solo tentativo e incierto, de todos modos no es inútil enfrentar la cuestión del origen del Nuevo Testamento. Somos capaces de llegar a una descripción nítida y, con frecuencia, rectificar las ideas imperantes.

Necesitaba hacer estas observaciones para aclarar en qué sentido trataré mi problema. Paso ahora al tema en sí.

El tema abarca en realidad no una pregunta, sino dos, que deben tratarse por separado:

* En la primera línea preguntamos sobre el origen de cada uno de los veintisiete escritos que se reúnen en el Nuevo Testamento. Este problema formará el elemento principal en mi trabajo.

* Sin embargo, como es obvio que 27 escritos separados no constituyen el Nuevo Testamento, se plantea la segunda pregunta: ¿cómo sucedió que estos escritos se integraron en un todo? ¿O cómo surgió la colección de escritos y la distinción especial que les pertenece por encima de todas las demás escritos? En una palabra, ¿cuál fue el origen de lo que llamamos el canon del Nuevo Testamento? A esta pregunta dedicaré un poco de atención al final de este trabajo.

CUANDO Jesús murió, sus seguidores conservaron la herencia de las impresiones poderosas que recibieron de su personalidad. También quedó el recuerdo de sus palabras y de la sustancia de su enseñanza. Pero no les quedó ninguna reliquia escrita, porque Jesús no escribió nada. Él no era un autor académico o un teólogo. Él era más que esto, un hijo del pueblo crecido en libertad. No se ocupaba de los libros —o de la exposición de las máximas de la Ley, como los hombres de algunas profesiones— sino de los hombres vivos, y sobre todo de aquellos que apenas leían libros, y mucho menos los escribían. Es apropiado a Su naturaleza interna que el que vivió en el espíritu no se preocupó por la carta escrita. Cuando el Maestro se hubo ido, los discípulos debieron comenzar con nada más que una secta judía cuya especialidad consistía propiamente en el hecho de que vieron en Jesús al Mesías que los judíos esperaban. Sus adherentes fueron muy naturalmente reclutados entre los humildes y simples, no entre las clases educadas. Eso a la vez nos permite comprender por qué en este comienzo de la nueva religión no se produjeron escritos adecuados. Además, se esperaba la pronta venida de Jesús en su gloria de Mesías, y eso también fue tal vez un obstáculo a la idea de escribir sus apreciados recuerdos. Pero de algún modo tenían un libro, que Jesús también reverenció; un libro que al principio satisfizo por completo todas las necesidades: el Antiguo Testamento. De esto tendremos más para decir.

Llamo la atención sobre estos puntos porque es importante dejar en claro que los comienzos de la sociedad cristiana son más antiguos que los primeros comienzos del Nuevo Testamento y, en general, de una literatura cristiana. **Una sociedad cristiana existió al menos dos décadas antes de que se escribiera la primera de las escrituras del Nuevo Testamento; alrededor de cien años antes de que surgiera el último, unos ciento cincuenta años antes de la fundación de una colección de escritos del Nuevo Testamento, y unos trescientos o cuatrocientos años antes de que esta colección se completara en su forma actual y reconociera en general.**

¿Cuál de las escrituras del Nuevo Testamento podemos poner al comienzo del desarrollo? El profano común en su mayor parte tiene la idea de que son los evangelios. Porque abren la serie de los libros del Nuevo Testamento, y transmiten información del comienzo, es decir, de Jesús mismo. Esta idea es indudablemente incorrecta. Pero tampoco las epístolas de Santiago y Pedro se destacan. **Las escrituras cristianas más antiguas que poseemos son más bien las epístolas de S. Pablo. Las epístolas de Pablo, por lo tanto, naturalmente forman el primer tema a consideración.**

Hoy estamos acostumbrados a considerar esas cartas como productos literarios. ¿No los encontramos en un libro, los leemos en páginas impresas? Pero el hombre que los compuso nunca pensó en sí mismo como un autor, y nunca se le ocurrió que sus expresiones un día se multiplicarían y se convertirían en un libro. Ni siquiera se le ocurrió que serían preservados en absoluto, y que poco después su muerte se dispersarían por toda la cristiandad.

Cada epístola genuina es el producto de un tiempo definido, y está diseñada con un propósito único,

que nunca se repite; en la mira del autor hay una situación definida del destinatario. Y cada carta genuina solo está pensada para un destinatario particular, ya sea una sola persona o un solo grupo de personas, como una iglesia. Nada está más lejos de la intención del escritor de cartas que la idea de publicación; de lo contrario, podría escribir una "carta abierta". Pero la carta abierta no es en el fondo una carta verdadera.

En consecuencia, entonces, en su origen, las epístolas de S. Pablo no son literatura; son productos de la ocasión, creadas para un círculo totalmente privado, y así las consideraron sus primeros destinatarios. Aquí notamos una diferencia importante entre las epístolas de Pablo y las otras partes del Nuevo Testamento. Los evangelios, por ejemplo, o los Hechos de los Apóstoles, nunca fueron escritos para una persona individual o una sola iglesia; tales obras fueron concebidas para un público indefinido y estaban destinadas a ser difundidas. Quien quiera puede leerlos y, por lo tanto, son productos literarios. Es precisamente en esta distinción donde reside una buena parte del encanto peculiar que ejercen las epístolas paulinas sobre todos los que las leen cuidadosamente y las pueden comprender. Una carta genuina, si no es solo de negocios, lleva un toque personal, así como un sello confidencial y familiar. Por lo tanto, es un fragmento de vida; no es un mero producto del pensamiento sino un espacio de relaciones reales entre un hombre y otro. En verdad es un sustituto de la palabra hablada, de una conversación viva y conmovedora; es un interés personal en circunstancias definitivamente reales, y refleja los estados de la mente que despiertan las relaciones de vida, e inspira alegría o pesar, simpatía o aversión, desilusión, enfado o esperanza.

Es importante en *cualquier* escrito conocer al autor. Pero quien escribe un libro o un tratado —por ejemplo, un evangelio— en su mayor parte solo nos cuenta lo que piensa o sabe; sus pensamientos o su información pueden ser entendidos incluso si el autor mismo es desconocido. Pero el que escribe una *carta* de importancia muestra lo que *es*. Y si realmente queremos entender completamente las cartas de un pasado distante, debemos conocer la personalidad del autor. Ni siquiera las epístolas de Pablo vivirán mientras no tengamos una imagen clara del hombre que las escribió. El hombre mismo es la explicación de sus cartas. Por esa razón debemos permitirnos bosquejarlo, al menos en contornos apresurados. No debemos, sin embargo, solo pensar en su personalidad, sino también en sus puntos de vista religiosos y teológicos.

Pablo pertenece a los pocos hombres (pocos aun en la esfera religiosa) cuya vida está separada en dos mitades por un solo evento. Experimentó una brecha que lo golpeó hasta las mismas profundidades. Desde ese momento, cuando experimentó la visión en Damasco —que le hizo estar seguro de que Jesús, a quien odiaba (y cuyos seguidores perseguía) había resucitado de entre los muertos— desde ese momento en adelante es un ser diferente, y vive en adelante en la sensación de que se ha convertido.

Esto, por supuesto, no debe ser mal entendido. En cierto sentido, podríamos decir propiamente de Pablo que permaneció después de su conversión el mismo que antes. Quedaron no sólo las peculiaridades de su temperamento, sino también sus cualidades morales, los rasgos esenciales de su carácter.

La conversión de Pablo no consistió en alejarse de una vida de pecado para convertirse en santo. Solo ve culpa en su vida al haber negado a Jesús, en su ceguera inconsciente a lo que posteriormente consideró como verdad. Por lo tanto, su culpabilidad recae correctamente en la región de la convicción, de la creencia, y solo indirectamente en que sus actos previos —es decir, la persecución de los seguidores de Jesús— fueron la expresión de una convicción. Por lo tanto, la conversión misma pertenece en su caso a la región de la convicción y de la creencia. Y así se puede decir con razón de él que, aunque convertido y transformado, sigue siendo el mismo. El carácter de Pablo el fariseo es, de hecho, más similar al del cristiano Pablo de lo que comúnmente suponemos. Incluso Pablo el fariseo se esforzó por servir a Dios con celo apasionado y con profunda sinceridad;

solo de otra manera. E incluso el cristiano Pablo muestra cierta severidad, dureza, pasión, como una vez caracterizó al fariseo.

Sin embargo, sigue siendo cierto que Pablo se volvió realmente otro a través de su conversión. Todas sus capacidades y peculiaridades ciertamente están impregnadas de un nuevo espíritu. Sobre todo, su sentimiento de que él es un sujeto de gracia nunca se debilita, y eso corresponde a una profunda y pura gratitud. Además de esto, también existe la consideración de que él, el antiguo perseguidor, se siente llamado a ser un instrumento elegido. Pero lo principal es la sensación de una gran libertad que recae sobre él. Se libera de todo este mundo de la carne, del pecado y de la muerte y, al menos en su mente, siente que ya ha sido trasplantado a una existencia nueva y superior, que se convertirá en realidad cuando se haya despojado del cuerpo, de la carne: "He aquí, todas las cosas se han vuelto nuevas".

El sentimiento de esta libertad llena a Pablo hasta lo más profundo de su alma, pero quedarse inactivo complaciéndose en ella está lejos de él. Ese sentimiento lo impulsa a la acción. Su gratitud se gasta, por decirlo así, en un ardiente celo por trabajar, y cortejar a Aquel cuya gracia ha experimentado; mucho más, ya que de esta manera expía la culpa del pasado. De hecho, de acuerdo con toda su naturaleza, Pablo debe, después de su conversión, ser tan activo para el Evangelio como antaño fue antagónico. Y así se convirtió en un singular mensajero del Evangelio, cuya vida simplemente es derramada detrás de su vocación.

Quien tome la molestia de diseccionar desapasionadamente lo que el apóstol intenta en su trabajo, tal vez observará aquí y allá que una cierta ambición por lograr lo más elevado no le es ajena. Pablo no es de ninguna manera indiferente a la pregunta sobre lo que logra. Por muy profundamente que sienta que todo lo que hace lo debe a la gracia de Dios, no es en el sentido habitual modesto o tímido; tiene una gran autoconciencia y sabe que "ha trabajado más que todos" (1 Corintios 15,10). Se jacta de que ha hecho más que su simple deber, especialmente en la medida en que rechazó cualquier recompensa por su trabajo en la Iglesia, o cualquier apoyo. Declara que preferiría morir antes que alguien le robe ese orgullo. Espera recibir una recompensa especial de parte de Dios por sus servicios únicos (1 Cor. 9,15 ff). Todo esto puede verse en sus cartas. Pero esta ambición es, sin duda, no el elemento esencial; es solo una armonía subyacente. El principal motivo de su celo sigue siendo su entusiasmo por la causa de Cristo y la conciencia de que él ha sido separado de los demás y convocado a su misión.

Pablo pertenece esencialmente a aquellos que son, en un sentido especial, personalidades religiosas. El lado opuesto de esto es que se sentía un extraño para el mundo. Él dice, de hecho, "todo es tuyo" (1 Corintios 3,21), pero es un malentendido si tomamos este dicho en el sentido de que él tenía un estado de ánimo abierto al mundo. En este punto, se siente bastante diferente de Lutero. Desprecia la sabiduría del "mundo" y no encuentra disfrute en sus placeres. Él no sabe nada de la vida familiar y no siente que esto sea una pérdida; incluso se jacta de que su falta de deseo de casarse es un don de la gracia. En ninguna parte de sus epístolas parece que tuvo algún sentimiento sentimental por la naturaleza. Los lirios del campo y las aves no le interesan. En resumen, su idea de la vida mundana y natural tiene innegablemente algo sombrío. No ve el lado más brillante de las cosas, pero, sobre todo, ve la enfermedad, la miseria, la ruina del pecado. Esto es explicable, no solo por el hecho de que él (como todos sus contemporáneos cristianos) está convencido de que están cerca del fin del mundo, sino que también yace en el fondo de sus concepciones religiosas. Por supuesto, no podemos sorprendernos mucho de esto, ya que este temperamento pesimista de la mente se extendió ampliamente a través del judaísmo contemporáneo. Y, como se dijo anteriormente, este es solo el otro lado de su personalidad, totalmente concentrado en el mundo de la fe y la causa de Dios.

Pablo debe de haber sido una persona de energía dominante. Sus cartas nos llevan a sentirlo; se muestra en sus relaciones con sus conversos, sus iglesias, sus oponentes. También se muestra en sus

cartas cuán encantador puede ser para los hombres. Pero su actitud, podemos suponer, no era igualmente atractiva para todos. Con facilidad de vuelve brusco, a menudo irónico, tajante y amargo, apasionado y atropellado frente a sus oponentes, a quienes hasta puede llamar "perros" (Filipenses 3,2). Se puede cuestionar si siempre fue bastante correcto en su juicio; la justicia a menudo elude a aquellas personalidades cuyo sentimiento es que son exclusivamente los representantes de una causa divina. Pero, por supuesto, es cierto que este hombre no estaba desprovisto de amor, él, que ha cantado las alabanzas del amor de una manera tan sublime. Especialmente cuando se encuentra en confianza, como en la iglesia de Filipos, es cálido; allí puede descubrir genuinas notas de afecto.

La característica natural más importante del apóstol es, por supuesto, su energía dura e inflexible. Su vida es una batalla; todo se transforma en un combate. Es tan extraordinario en llevar a cabo un plan tras otro, y en lanzarse en expediciones por amplias extensiones del país, para ganar una porción de terreno tras otro; como, por otro lado, soportar los sufrimientos que trae consigo su llamado, en un sacrificio incansable. Las imágenes de estos sufrimientos, por ejemplo, en 2 Corintios 4, 6-11, están entre las más patéticas de todo lo que escribió.

Esta energía es aún más digna de admiración cuando recordamos que su cuerpo parece haber sido un órgano bastante débil de su actividad. Sus oponentes dicen de él, "sus cartas son pesadas, pero su presencia corporal es débil y despreciable" (2 Cor. 10,10). En Corinto, la ciudad del comercio y de la cultura, Pablo tuvo que luchar con un sentimiento de timidez como resultado de debilidades de este tipo (1 Corintios 3,2), y habla especialmente de una debilidad corporal repetidamente recurrente, "me fue dado un aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofeteó" (2 Corintios 12,7). Se sospecha que fue un tipo de epilepsia.

Estamos tentados de ligar este sufrimiento con una cierta excitación e irritabilidad visionaria, que debemos suponer a partir de sus propias declaraciones. Experimentó visiones y revelaciones en repetidas ocasiones. Esto es, de hecho, solo otro lado de su entusiasmo religioso; la energía con la que fue expresado no está en contradicción con esto. Pero lo que uno no esperaría encontrar unido a esta tendencia a ser visionario es algo que el apóstol indudablemente demostró en cuestiones de la vida de la iglesia: sabiduría reflexiva y prudencia práctica. El mejor recuerdo de esto está en la Primera Epístola a los Corintios, donde él, de manera magnánima, muestra cómo en la vida de la iglesia puede reconciliar posiciones extremas, y sabe cómo poner orden en todo tipo de abusos.

Si tomamos todas esto junto, Pablo es un personaje que ciertamente tenía sus limitaciones humanas, pero que sin exageración podemos llamar grande y noble; grande por el poder de la fe, grande por el sacrificio puro de todo el hombre por su causa.

¿Cuál es, entonces, el significado de este apóstol de Jesús para la historia del mundo? Primero pensemos en el hecho de que llevó la nueva fe a muchos de los centros de civilización más importantes, ya que trabajó en todas las grandes ciudades.

Ciertamente, ese fue un gran servicio, pero no es el único. Todavía es casi más importante que haya levantado la fe en Jesús, hasta entonces ligada a la estrechez de la religión judía, muy por encima de ese nivel. Pablo estableció un cristianismo libre del judaísmo; produjo esta gran división por su trabajo como misionero a los gentiles, así como por su postulado de liberar a los cristianos gentiles del deber de cumplir la ley ceremonial judía. Por esto, fue el primero en establecer el cristianismo como una religión nueva e independiente, apta para todas las naciones. La condición preliminar para esto radica en el hecho, que también pertenece a su importancia histórica mundial, que fue en cierto sentido el primer *teólogo cristiano*, es decir, el primero que realmente pensó en la nueva fe; quien, razonando, contrastó la religión cristiana (como una religión de redención) con la religión judía de la ley e intentó explicar este contraste.

Por supuesto, cuando llamamos a Pablo teólogo, no nos referimos a teólogo en el sentido moderno de la palabra. Él no estaba científicamente entrenado —en el sentido actual del término— ni pensó a fondo todos los temas, ni los desarrolló conectiva y lógicamente. Pero, de acuerdo con la idea de los tiempos, él *era* un teólogo.

Esa es una conclusión de su historia de vida. Como hijo de padres judíos estrictos, nacido en la ciudad de Tarsus en Cilicia, se fue de joven a Jerusalén, sin duda con la intención de convertirse en un sabio judío, un rabinista. Sin embargo, aprendió el oficio de zapatero. Pero el desempeño de oficios no era inusual para los rabinos. Encontramos entre ellos zapateros, herreros, etc. **Las epístolas de S. Pablo nos muestran en muchos lugares que él realmente había recibido entrenamiento rabínico**, que lo llevó con él en su paso al cristianismo. De hecho, Pablo tenía mucha agudeza natural y capacidad de desarrollar pensamientos; pero la manera en que dividía una proposición y su demostración, la forma en que llegaba a conclusiones y formulaba objeciones para refutarlas directamente, muestra a la vez el entrenamiento rabínico. Esto explica su agudeza, que a menudo se convierte en sutileza. **Por ejemplo, en una ocasión puso énfasis en la proposición de que la promesa de la simiente de Abraham debe referirse a Cristo, porque la palabra "simiente" se usa en singular (Gálatas 3,16). Eso es puro rabinismo. El mismo Lutero dijo que esa razón era demasiado débil para resistir la prueba.**

Ese entrenamiento rabínico se exhibe claramente en su exposición y aplicación del Antiguo Testamento. A este respecto, Pablo comparte los métodos de su tiempo, que nos parecen completamente imposibles. Insiste en lo literal, saca los pasajes de contexto, descuida el sentido real de las palabras y las explica alegóricamente —es decir, asume que detrás del sentido propio subyace otro significado supuestamente más profundo. Solo aquellos que no entienden la época pueden sorprenderse de eso. Todas estas peculiaridades desaparecen cuando él habla simplemente a sus iglesias, pero son particularmente prominentes cuando establece proposiciones o rebate a sus oponentes.

Pero el que se liberó a sí mismo y a otros del judaísmo y la ley judía, sin embargo trajo mucho más judaísmo a su cristianismo. Eso no se reconoce con frecuencia, pero no se puede negar. ¿Qué era más natural? Cuando Pablo se convirtió, era un teólogo judío. ¿Cómo, entonces, podría liberarse de todas las ideas que hasta ahora había tenido? Nadie que tenga un desarrollo espiritual tan largo detrás de él puede convertirse repentinamente en una hoja de papel en blanco. Si adquiere nuevas ideas, estas se mezclarán razonablemente con las anteriores. De hecho, si comparamos los enunciados de las epístolas paulinas con las escrituras judías de los tiempos la prueba convincente está a la mano, que como cristiano Pablo tuvo muchas más opiniones originalmente judías de lo que comúnmente se supone. A esto pertenecen sus declaraciones sobre los ángeles y los demonios, sobre los últimos tiempos, sobre el pecado, la caída de Adán, la predestinación divina, y en muchos otros temas.

Por supuesto, esta herencia judía ahora es aprehendida y penetrada, en parte transformada, por ideas propias del cristianismo. Y estos naturalmente son los elementos importantes y peculiares en sus puntos de vista.

En el centro de sus pensamientos se encuentra la persona de Cristo, pero no es la vida de Jesús, ni sus palabras, sus enseñanzas, ni su personalidad sublime en su pureza, amor y bondad, en las que insiste. Eso es para él bastante subordinado. Más bien, Cristo es un ser divino, que descendió del cielo a la tierra y adoptó la forma de un hombre, y aparte de esta doctrina de la encarnación, Pablo profundizó, propiamente hablando, solo en dos cosas: en *la muerte de Cristo* en la cruz y en *su resurrección*. Según Pablo, incluso podría decirse que Cristo realmente solo se hizo hombre para morir y resucitar. En la crucifixión y en la resurrección de Cristo encuentra el secreto divino de

nuestra redención. La muerte de Cristo liberó a la humanidad del pecado y de la ley; o más bien de toda esta existencia mundana; la resurrección ha abierto una vida gloriosa superior en gloria celestial. Apenas hay cristianos hoy que compartan estrechamente la opinión de Pablo (como él pretendía), pero no se puede negar que las enseñanzas del apóstol tienen una fuerte relación con las estrictas enseñanzas de la Iglesia.

Hay quienes realmente han llamado al Apóstol Pablo el verdadero fundador del cristianismo. Esa es una opinión que no puede mantenerse. Pero debemos admitir que la enseñanza de Pablo no es para nada una mera repetición, o incluso un mero desarrollo y ampliación de la enseñanza de Jesús. Realmente hay una gran diferencia entre la enseñanza de Jesús y la de S. Pablo, y el apóstol ha puesto énfasis en pensamientos que no estaban presentes en la predicación original del Maestro. No puedo realizar aquí un análisis y una explicación de esto. Además, es importante notar que Pablo nunca vio a Jesús durante su vida, o, en todo caso, no lo conoció personalmente ni cayó bajo su influencia. Cualquiera puede ver claramente la diferencia simplemente leyendo consecutivamente el Sermón de la Montaña y la Epístola a los Romanos. En el caso de Jesús, nadie puede hablar de sus dogmas. El paso al dogma es tomado por Pablo. Pero si así lo decidimos, no debemos pasar por alto cuatro puntos. *En primer lugar*, esta forma teológica y dogmática de Pablo fue un medio para dar estabilidad más firme a la fe cristiana en el mundo de ese día, ya que toda religión con un futuro de alguna manera producirá una teología y formará ideas conectadas definitivas. *En segundo lugar*, Pablo sigue siendo el libertador de la estrechez judía y la ley judía. *En tercer lugar*, aunque en una forma malentendida hoy, en su enseñanza sobre la justificación por la gracia —solo a través de la fe— formuló un pensamiento que es el núcleo de lo que siempre ha sido característico de una religión genuina: que el hombre en relación con Dios se reconoce a sí mismo como receptor, y no se jacta ante Dios de su excelencia. *En cuarto lugar*, sus epístolas, además de su peculiar enseñanza de la redención (que es el pensamiento central) contienen numerosas expresiones relacionadas con el espíritu del Maestro, y una y otra vez serán edificantes para un alma receptiva.

Volvemos a las EPÍSTOLAS DE S. PABLO. Tenemos que empezar considerándolas como cartas de ocasión. Las ocasiones que los originaron derivaron de la actividad misionera del apóstol; los nombres de las epístolas —Corinto, Tesalónica, Galacia, etc.— nos recuerdan el alcance extraordinario de su actividad. Para la obra misionera de Pablo no solo se trataba de ganar conversos, sino también de la confirmación y entrenamiento de aquellos ya convertidos, y del cuidado y la expansión de las iglesias que ya existían. Las epístolas no son otra cosa que una parte de esta actividad 'constructora y pastoral, ya que todas están dirigidas a aquellos ya ganados al cristianismo y a las iglesias existentes.

Pablo se valió de la correspondencia epistolar, un medio de relación que, presumiblemente, ya estaba en uso en todo el mundo de las dispersas comunidades de la diáspora judía. Es posible que también haya tomado de allí ciertas formas establecidas que regularmente se repiten en sus epístolas, especialmente al principio y al final de sus cartas. Los saludos que están a la cabeza de sus epístolas, con el nombre usual del remitente y de las personas a las que se dirige, que contienen un deseo (la gracia esté con usted), responden generalmente al uso antiguo, aunque este deseo tiene en el caso de S. Pablo un tinte especialmente religioso y cristiano. Pero incluso este colorido religioso, la colocación de saludos en la conclusión, la expresión de oraciones para bendición y el hábito de expresar desde el principio agradecimiento por la prosperidad de la iglesia; todas estas cosas pueden estar muy influidas por ejemplos judíos. El judaísmo del mundo de habla griega —y el griego era entonces el idioma universal— ha servido, en términos generales, como una cierta preparación para la misión del cristianismo.

No hay duda de que Pablo escribió muchas más cartas de las que poseemos hoy. En un momento, por supuesto, no se admitió que las epístolas de Pablo pudieran perderse, porque

eso pondría en duda la enseñanza de la inspiración divina de las Escrituras. Pero el hecho es definitivamente claro por la evidencia de las epístolas recibidas. El capítulo 5 de la Primera Epístola a los Corintios presupone que Pablo ya les había escrito una carta, que no poseemos. Entre la Primera y la Segunda de Corintios, hubo, con toda probabilidad, otra carta a los corintios, ahora perdida, que Pablo dice que escribió con lágrimas. En la Epístola a los Colosenses, menciona una carta a la iglesia vecina de Laodicea (en Frigia). Esta también ha desaparecido. Pero no hay necesidad de tales detalles. Antes de que Pablo atravesara, en una expedición audaz, la amplia región de Asia Menor, y luego pasara a Europa en Macedonia y Grecia, participó activamente en Siria y su Cilicia natal durante un período de catorce años. No tenemos una línea de su pertenencia a este período. ¿Es creíble que no haya escrito ni una carta durante ese período?

El hecho de que se hayan perdido numerosas, y ciertamente no sin importancia, epístolas de Pablo es significativo porque podemos percibir muy bien qué poco inspirados se consideraban los escritos de S. Pablo, y también nos muestra que solo tenemos un fragmento del todo. Tampoco conocemos por completo, sino solo fragmentariamente, todos los puntos de vista del apóstol. Porque en ninguna de sus cartas reconocidas desarrolló todos sus pensamientos.

Todavía podemos estar contentos por lo que se ha preservado. La totalidad de las presentes epístolas caen, por supuesto, en un período de aproximadamente diez años: la primera, es decir, **la Primera Epístola a Tesalónica, y el documento cristiano más antiguo en general, aparentemente escrito en el año 54 dC**, pertenece al período posterior de la misión, mientras que el último, probablemente el de la Epístola a los Filipenses, fue escrito durante el encarcelamiento romano. Pero en el tiempo intermedio las epístolas recibidas arrojaron una luz muy clara. Nos muestran a Pablo en la relación más activa con sus iglesias. Además de esto, son tan diferentes en su género que se complementan adecuadamente. En la Epístola a los Romanos tenemos una carta a una iglesia desconocida para el escritor; en la Epístola a los Colosenses también; pero la última iglesia fue fundada por Epafras, un discípulo íntimo de Pablo, y reconoció la autoridad del apóstol. Todas las demás epístolas se referían a sus propias iglesias. La breve carta a Filemón, una vez más, fue para una persona privada. Tenemos cartas que muestran una cercana y cálida relación de Pablo con sus iglesias, como 1 Tesalonicenses y la Epístola a los Filipenses, y en contraste otras, como la Epístola a los Gálatas, donde aparece como crítico y combatiente. En una, las preguntas sobre la vida de la iglesia son prominentes, como en la Primera Epístola a los Corintios; en el otro, tenemos noticias de la persona y la vida de Pablo, mientras que la Epístola a los Romanos tiene un estilo fuertemente impersonal. Tenemos cartas bastante sencillas y sin pretensiones, como 1 Tesalonicenses, Filipenses, y por el otro lado, aquellas en las que la elaboración didáctica ocupa el mayor espacio. En resumen, el escaso material es al mismo tiempo muy variado. Quien aplica a las cartas de Pablo la prueba de corrección formal, expresión suave o estilo pulido se verá obligado a decir que los defectos son numerosos. El idioma griego fue, por supuesto, el habla nativa de Pablo, pero el estilo es a menudo escabroso. A menudo, demasiados pensamientos son comprimidos por la fuerza en una sola proposición. No faltan las oraciones oscuras; las metáforas a menudo no están, en lo que respecta al estilo, bien resueltas. El propio Pablo seguramente no habría pretendido elogios como escritor de cartas artístico, y tampoco como orador. Él mismo comprendía que su discurso no satisfacía el gusto convencional (2 Cor. 10,10). Pero los oradores más grandes no son los que saben hablar en proposiciones ornamentadas sin defectos o defectos. El orador más grande es el que mueve las almas de todos los oyentes, que entiende cómo encantar al oyente por su personalidad, como por su tema. Tal orador Pablo debe de haber sido. Y del mismo modo sus cartas, aunque no están exentas de fallas de estilo, sin embargo, exhiben una originalidad considerable y rara. Toman cautivos a los lectores, porque son la verdadera expresión de una personalidad viva, y también porque no son pretensiosas. Aunque simples, no faltan los pasajes retóricos, y sin esfuerzo emplea medios que el orador adora: juegos de palabras, antítesis, etc. Cuando está inspirado, puede escribir pasajes que los mejores estilistas del mundo podrían envidiar. Un autor suizo ha hablado últimamente

desdeñosamente de las monstruosidades estilísticas del epistolario de Pablo. Ahora bien, este crítico difícilmente podría escribir algo comparable a ese panegírico del amor: *"Si hablo en lenguas humanas y angelicales pero no tengo amor, no soy más que un metal que resuena o un platillo que hace ruido."* (1 Corintios 13,1).

Pablo usualmente dictaba sus cartas. En la Epístola a los Romanos, por ejemplo, un cierto Tertius habla de sí mismo como su amanuense. Esta práctica puede explicar mucha oscuridad y gran parte de la incorrección de su método de escritura. Al leer siempre debemos tener en cuenta: son cartas *dictadas*. Al final de la carta, Pablo tomó voluntariamente la pluma en su mano, y agregó saludos, y tal vez algunas oraciones cortas y concisas. De varias maneras él enfatiza esto: *"El saludo de mí, Pablo, por mi propia mano"* (1 Corintios 16,21); en la Epístola a los Gálatas, escribe: *"Mira con qué letras grandes te he escrito con mi propia mano"*, y de esta manera indica la diferencia entre su propia letra quizás grande y el trazo más pequeño del amanuense.

Del contenido y el carácter de las epístolas individuales no se puede dar una imagen completa en pocas palabras. Debemos conformarnos con extraer algunas características principales.

En valor histórico, la PRIMERA EPÍSTOLA A LOS CORINTIOS toma, sobre todo, el primer lugar porque Pablo aquí entra en un gran número de preguntas y ocurrencias en relación con la vida de la iglesia, y en parte da respuestas precisas a una serie de preguntas que la iglesia en Corinto le había hecho en una carta que ya no existe. Qué información invaluable tenemos aquí sobre los usos predominantes y sobre el método de adoración divina; de la celebración de la Cena del Señor; del entusiasmo por hablar en lenguas y profetizar, de los que están llenos del Espíritu; del velo de las mujeres en el culto público; de la posición de los cristianos con respecto al uso de los alimentos que se les habían ofrecido a los ídolos; de comer carne presentada en el templo pagano y luego ofrecida en venta; de la duda en la mente de muchos cristianos sobre el matrimonio; de pleitos ante jueces paganos; de aquellos que negaron una resurrección corporal: todos estos temas son tratados. Contemplamos una vida extraordinariamente activa, llena de movimiento y de energía en fermento, llena de extremos y peligros. La imagen de la Iglesia no es una mera imagen sin sombra: a han aparecido la lucha y el espíritu partidario; hay una tendencia a las divisiones; y cuán rastreable es el viejo espíritu pagano observable en las relaciones de los sexos. En resumen, esta epístola es una verdadera mina de información, un documento de primera importancia para el investigador del cristianismo más antiguo.

De valor enfáticamente original es la siguiente carta, más corta, que Pablo envió a los Gálatas, los cristianos de la pequeña provincia asiática de Galacia. Es el resultado de una poderosa excitación por parte del apóstol, en la cual se revela su impetuosa y combativa disposición. Nos muestra una situación que justifica la emoción. No todo sucedió tan pacífica y armoniosamente en esa primera comunidad cristiana como uno podría imaginar. La obra misionera para los paganos fue para Pablo no solo un esfuerzo heroico, sino incluso una verdadera batalla, una batalla contra aquellos que no estaban contentos con un cristianismo que no era al mismo tiempo judaico. La Epístola a los Gálatas contiene, además de otra información importante sobre la vida de Pablo, el tan discutido informe de una entrevista entre S.Pablo y los apóstoles cristianos judaicos en Jerusalén; en la cual estos apóstoles, a pesar de las diferencias al principio, convencidos por el éxito del apóstol, dieron un reconocimiento formal a su Evangelio liberado de la ley, aunque sin sacrificar la ley. Hubo, sin embargo, cristianos judaicos que no estaban satisfechos con esto. Organizaron tumultos contra Pablo. Enviaron sus emisarios a las iglesias de Pablo, para disuadir a sus discípulos de su lealtad. Esta agitación ahora tiene lugar en Galacia, donde las iglesias de Pablo están a punto de ceder y adoptar la circuncisión, de acuerdo con la ley judía. Esta es la situación significativa en la cual Pablo despacha esta epístola. Y esto explica la pasión y el disgusto que la impregnan: ve el trabajo de su vida amenazado precisamente en este punto. Al oponerse a los judaizantes, al mismo tiempo usa sus armas teológicas y desarrolla pensamientos sobre la justificación solo por la fe, que son de

gran valor para el conocimiento de sus opiniones. A este respecto, sin embargo, como una epístola didáctica, la Epístola a los Gálatas es superada considerablemente por una epístola casi relacionada con ella, la de los Romanos.

La Epístola a los Romanos tenía la intención de ser un mensaje preparatorio para una visita personal a Roma, que solo se consideraba como un punto de detención para llevar a cabo su programado viaje a España. Pablo nunca había estado en Roma; la iglesia romana ni siquiera fue fundada por uno de sus discípulos. Por lo tanto, era extraña para él. Así podemos entender fácilmente que esta epístola tiene un tono muy impersonal, y se lee más como un ensayo. Pablo desarrolla, sobre todo, dos pensamientos: defiende su evangelio de la *justificación sin las obras que manda la ley*; y luego quiere transmitir que su propio pueblo judío —por quien tiene una consideración patriótica— podría, a pesar de las promesas que se le han dado, ser abandonado por Dios; y, al mismo tiempo, expresa su convicción de que estas promesas se cumplirían algún día con la conversión de Israel. Las declaraciones en esta epístola presentan grandes dificultades para el entendimiento, pero el problema más difícil consiste en comprender lo que Pablo pretende con todas sus explicaciones de la ley y del pueblo judío, dirigidas a una iglesia que, según pruebas claras, consistió en hombres de nacimiento gentil. Siento que, a pesar de los numerosos intentos, este problema no se ha resuelto realmente.

Impersonal como lo es la Epístola a los Romanos, la Segunda Epístola a los Corintios es la más personal de todas. Pero esto también es particularmente difícil, por supuesto, por razones bastante diferentes de las de la Epístola a los Romanos, porque es difícil juzgar por la información dada a qué eventos en Corinto se refiere Pablo. En otros aspectos, sin embargo, nuevamente nos encontramos en esta epístola con los agitadores judaizantes. Sin embargo, no falta la enseñanza más importante. Y aún más valiosos son los materiales que encontramos para la biografía del apóstol, especialmente en cuanto a sus sufrimientos y revelaciones. Menos importantes que estas cuatro cartas son la Primera Epístola a los Tesalonicenses y la Epístola a los Filipenses (ambas enviadas a Macedonia), que sin embargo, con toda su modestia, tienen sus encantos especiales. La Primera Tesalonicense es especialmente instructiva ya que concierne a una comunidad aún joven y poco establecida. La Epístola a los Filipenses es la más cálida y afectuosa de todas las epístolas paulinas, y en este sentido es una verdadera joya. Para la doctrina de la persona de Cristo, la epístola a la iglesia de Colosas, o Colasse, es importante. Pablo está aquí enfrentando a una línea de pensamiento especial, es decir, la llamada falsa enseñanza, que tiene rasgos medio judíos y parcialmente no judíos, y que tal vez fue una de esas mezclas religiosas tan frecuentes en ese período, en todas partes, pero especialmente en el Este. Esta enseñanza enfatizaba los sábados, fiestas y lunas nuevas; además, exigía la abstinencia de carne y vino; era ascética, y unía a esto una adoración peculiar de los ángeles.

No he mencionado hasta ahora cinco epístolas que figuran en el Nuevo Testamento como las cartas de Pablo: las Epístolas a Timoteo, la epístola a Tito, la segunda a los Tesalonicenses, y las de los Efesios. La razón de esto es: no considero que hayan sido escritas por Pablo.

Pero, ¿tenemos alguna certeza de que en realidad poseemos una carta de la pluma de este Pablo, el Padre de la Iglesia? Ha habido y hay una serie de críticos, especialmente en Holanda, que lo niegan. Han sostenido la opinión de que todas estas epístolas se originaron en el siglo II dC. En esta teoría solo veo un extraordinario retroceso de la crítica, porque en realidad hay indicadores muy definidos de lo que es una carta auténtica, y están presentes en toda su plenitud en las epístolas de Pablo. Una personalidad bastante definida habla en ellos, y tal como es concebible solo al comienzo del desarrollo cristiano. Las declaraciones sobre las circunstancias son tan vívidas, concretas y, al mismo tiempo, tan espontáneas que cualquier idea de que se refieran solo a afirmaciones ficticias es absurda. Podemos tomar solo un ejemplo, la más sin pretensiones y tal vez la menos conocida de todas las epístolas de Pablo: la "nota" a Filemón. Filemón era un hombre distinguido de Colosas.

Un esclavo llamado Onésimo, que probablemente había sido culpable de algún error contra su amo, se había escapado. Este Onésimo se había reunido con Pablo, se quedó con él un tiempo y se ganó su respeto. Luego Pablo lo envía de regreso a su amo, le da una carta, y le ruega a Filemón que reciba a su esclavo en un espíritu amistoso, y lo perdone. Lo hace de una manera afectuosa y cortés, y él cubre la culpa de Onésimo haciendo de su causa en cierta medida su propia causa. *"A quien he enviado otra vez: tú, por lo tanto, lo recibes, es decir, mis entrañas". "Recíbalo como yo"*.

Ahora bien, ¿cómo puede alguien suponer que esta carta es una mera obra de arte artificial? Sin embargo, se ha dicho que la carta realmente solo representa una idea general, a saber, cómo el cristianismo convierte a un esclavo en el hermano de su amo. Pero esta idea, de hecho, de ninguna manera se pone didácticamente, y se expone en proposiciones generales, sino que es simplemente un incidente de la vida real que se trata. Que este incidente debería ser inventado sería más ininteligible de lo que realmente ocurrió. De la misma manera, las otras epístolas tienen su origen real de Pablo claramente estampadas en ellas. Hoy en día, en Alemania, **los sabios admiten las siguientes epístolas como genuinas: la Epístola a los Corintios, los Gálatas, los Romanos, los primeros Tesalonicenses, los Filipenses y la Epístola a Filemón. Por otro lado, generalmente no se reconoce que Pablo escribió la Epístola a los Colosenses. Se considera especialmente que la enseñanza de esta epístola se desvía del resto. Pero considero que esta epístola es genuina.** El hecho de que Pablo haga afirmaciones algo diferentes de las usuales es bastante natural, porque en este caso la adoración del ángel que predicaban los falsos maestros determina su emisión. En esta carta hay puntos de contacto con sus otras cartas, que pueden mostrarse.

No obstante, esto no quiere decir, por supuesto, que todas estas epístolas genuinas fueron publicadas por Pablo en la forma en que las leemos hoy. Probablemente esto sea cierto en la Epístola a los Romanos. En el capítulo final tenemos una lista extremadamente larga de saludos que Pablo envía a personas que, en su mayor parte, fueron personal e íntimamente conocidas. Esto es claro a partir de los adjuntos a los nombres. Pero Pablo no había estado en Roma cuando escribió esta epístola. ¿Cómo es que muchos lo conocían? Esta dificultad ha llevado a suponer que la mayor parte de este decimosexto capítulo perteneció originalmente a *otra* Epístola paulina, y por algún accidente fue unido a la Epístola a los Romanos. Esta suposición puede ser defendida: probablemente la sección perteneció a una epístola a los Efesios. Si lo vemos de esta manera es posible, mediante una exégesis aguda, derivar de esta larga lista de nombres una breve historia de la iglesia de Éfeso. Además, se ha pensado que una epístola diferente puede separarse de la Segunda Epístola a los Corintios, que originalmente constituyó *otra* epístola a los corintios. De hecho, el tono de Pablo en esta parte cambia tan repentinamente y sorprendentemente, se vuelve tan amargo y agudo, que tal idea es probablemente digna de consideración, aunque todavía no se ha demostrado.

Sin embargo, debemos regresar a estas cinco cartas que, he dicho, no fueron escritas por Pablo. **Muchos expertos están de acuerdo conmigo en esta opinión; la mayoría cuando menos niega la autoría paulina de cuatro: las Epístolas a Timoteo, la carta a Tito y a los Efesios.**

¿Pero no es que estas epístolas dicen ser de Pablo? Su nombre aparece en la primera hoja. Traen garantías que solo tienen significado si Pablo es su autor. La Segunda Epístola a los Tesalonicenses dice al final: *"El saludo de mí, Pablo, por mi propia mano, que es el símbolo en cada epístola que escribo"*.

Entonces, ¿estamos lidiando con falsificaciones y pretensiones engañosas, de un autor moralmente dudoso? Esa será la impresión que, por supuesto, surgirá fácilmente en la mente del profano, y es bastante comprensible. Por supuesto, no debemos desviarnos de nuestro juicio: si realmente hay motivos decisivos para suponer una falsificación, debemos reconocerlos honestamente.

Pero nuestro juicio será algo diferente si fijamos nuestros ojos en ciertos fenómenos literarios de ese

período. Que las escrituras fuesen seudónimas, puestas bajo otro nombre, por entonces era mucho más frecuente que. En el tiempo inmediatamente posterior al Nuevo Testamento, encontramos, por ejemplo, una "Revelación de Pedro", un "Evangelio de Pedro", un "Discurso de Pedro", todas ellas obras seudónimas. Tenemos el mismo fenómeno en el judaísmo. Ninguno de los numerosos apocalipsis, es decir, las revelaciones escritas en este tiempo, aparece bajo el nombre de su autor real, sino bajo un antiguo y famoso nombre —Enoch, Moisés, Isaías, Ezra, Daniel. También en la esfera del mundo pagano educado hay hechos análogos. Por ejemplo, bajo el nombre de Pitágoras se publicaron docenas de tratados en aquellos siglos. Estos hechos nos muestran que esa época en este respecto tenía ideas diferentes a las nuestras. La gran cantidad de obras seudónimas de este tipo no sería comprensible ahora, pero solo es posible hacer un juicio correcto de un período si lo medimos según su propio estándar moral. Todo este procedimiento literario, por lo tanto, significa algo diferente de lo que significaría hoy. Y, en consecuencia, no es correcto etiquetar tales obras seudónimas, aparte de casos especiales, con el estigma moral de *falsificaciones*. Claramente, los autores de los muchos apocalipsis judíos no se consideraban falsificadores literarios. Por el contrario, la enseñanza que se pone en boca de un venerado maestro antiguo es muestra de una especie de devoción piadosa. Se consideró que sus pensamientos estaban de acuerdo con los del texto, y de ese modo el nuevo autor busca aumentar su peso, su autoridad.

Explicar esto así no es una divagación teológica. Los filólogos, en su propio departamento, juzgan de la misma manera. Declaran que es absurdo llamar a Platón un falsificador porque puso en boca de Sócrates cosas que nunca pronunció, o acusar a los neo-pitagóricos de engañadores porque exponen sus enseñanzas bajo el nombre de Pitágoras. No se puede decir en absoluto que un tratado religioso pseudónimo pierde su valor religioso a causa de la cuestión de la autoría. Bajo ciertas circunstancias, puede ser más valioso que uno genuino.

¿Pero cuáles son los motivos sobre los que se duda de la composición de estas cinco epístolas³ de Pablo? Sobre esto solo unas pocas observaciones: **La Segunda Epístola a los Tesalonicenses, a primera vista, da sin duda la impresión de autenticidad. Pero si miramos más de cerca, encontramos coincidencias sorprendentes con la Primera Epístola a los Tesalonicenses. Los mismos pensamientos, los mismos términos, se repiten, a menudo bastante cerca en el mismo lugar. Solo una sección, la profecía sobre el Anticristo, es diferente. De lo contrario, las similitudes van tan lejos que da la impresión de ser una imitación o una copia. Y nos resulta difícil creer que Pablo hubiera escrito nuevamente la misma carta que poco antes había enviado a la misma iglesia.**

Un caso similar es la Epístola a los EFESIOS. Es tan parecida a la Epístola a los Colosenses que solo puede explicarse asumiendo que se trata de una especie de elaboración y extensión de la Epístola a los Colosenses. A esto se pueden agregar otras razones. Las frases y los pensamientos se desvían marcadamente de las epístolas genuinas de Pablo. El autor habla de los apóstoles "santos", lo que Pablo nunca habría hecho, y toda la obra es completamente impersonal, de una manera que no se encuentra en una epístola paulina. De hecho no es una verdadera epístola, sino una especie de sermón en forma de carta.

Además, las palabras del saludo, "A los santos que están en Éfeso", que dio lugar a su nombre como "la Epístola a los Efesios", no se encuentran en el texto original.

El caso más claro de todos, es el de las llamadas EPISTOLAS PASTORALES, es decir, las dos epístolas a TIMOTEO y la epístola a TITO. El primero que sostuvo que la Primera Epístola a Timoteo no era auténtica fue nada menos que Schleiermacher.

Estas tres epístolas tienen un tono eclesiástico decidido. Primero, argumentan en contra de ciertos

³ Las Epístolas a Timoteo, la epístola a Tito, la segunda a los Tesalonicenses, y la de los Efesios.

falsos maestros; y luego tratan de la elección y conducta apropiada de ciertos oficiales eclesiásticos. Finalmente, dan instrucciones variadas sobre el bienestar de la iglesia, por ejemplo, la liturgia del culto divino.

En estas cartas encontramos puntos que hacen evidente que Pablo no es el autor de estas epístolas; como mucho, podemos aceptar que contienen pequeños restos genuinos de memorandos o cartas paulinas. Los datos internos dificultan ubicarlas cronológicamente dentro de lo que conocemos de la vida de Pablo. En muchos aspectos, las relaciones que se presuponen entre Pablo y sus discípulos, Timoteo y Tito, son sorprendentes y llenas de contradicciones. Por ejemplo, se cree que Tito estaba en Creta, por lo que debería estar más familiarizado con la situación en Creta que el mismo Pablo. Sin embargo, Pablo le describe a los falsos maestros como si Tito no supiera nada de ellos en absoluto. Si la fraseología es sorprendente en la Epístola a los Efesios, el lenguaje, el estilo, y las declaraciones de las Epístolas pastorales son completamente diferentes a los de las epístolas de S. Pablo. En la doctrina hay ecos de Pablo, pero la impresión principal es de divergencia. Exponen un cristianismo sincero y simple, pero falta la profundidad del pensamiento paulino, y ese cristianismo ha tomado un tono ortodoxo. El odio a los herejes ya es evidente, así como el celo por la exactitud de las creencias.

Sin embargo, criticar no es simplemente enumerar características que excluyen la autoría paulina. Juzgar que una epístola no es de Pablo, propiamente hablando es solo responder a una pregunta preliminar. La crítica no solo tiene que decir *No*, sino que, si es posible, debe avanzar hacia una afirmación; debería determinar cuáles fueron las circunstancias que produjeron tales escritos.

Aunque no conocemos a los autores, determinar esas circunstancias es sustancialmente posible en estas epístolas, que claramente nos ubican en un período en el que la organización de la Iglesia está mucho más desarrollada de lo que pudo haber sido en el período apostólico. Y con la misma claridad nos muestran a la Iglesia ya en guerra con sus oponentes, lo que le causó tantos problemas, principalmente en el siglo II. La tendencia que amenazaba con socavar la Fe de la Iglesia era el llamado gnosticismo, que proponía su propia filosofía y especulación, y en gran medida también la suposición de que la vida física de Cristo era meramente una apariencia. Los falsos maestros que son combatidos en estas epístolas son los gnósticos. Estas epístolas fueron escritas presumiblemente no hasta el comienzo del siglo II, tal vez medio siglo después de la muerte de Pablo, principalmente para contrarrestar esa amenaza.

La Epístola a los Efesios y la Segunda Epístola a los Tesalonicenses probablemente fueron escritas algo antes. No estamos en posición de saber cómo el autor de la Epístola a los Efesios vino a ampliar y trabajar sobre la Epístola a los Colosenses. Por otro lado, es posible mostrar una razón definida para la Segunda Epístola a los Tesalonicenses. Surgió de la excitación provocada por la idea de que el Día Final era inminente. Esta excitación fue disipada con la enseñanza de que hay un obstáculo: Cristo no puede volver hasta que surja el Anticristo, quien debe aparecer primero. La Epístola a los Efesios es la más profunda e importante de estas epístolas no auténticas.

En general, debemos aceptar que justamente las mejores, más grandes y más importantes epístolas que el Nuevo Testamento contiene bajo el nombre de Pablo son documentos confiables, genuinos y originales del cristianismo primitivo. Aunque nos enseñan solo hechos aislados sobre la vida y la personalidad histórica de Jesús nos dan, con todas sus lagunas, material para llegar a una idea ajustada del personaje y del impacto del cristianismo primitivo en el mundo pagano, y reflejan el lado íntimo de una de las personalidades más grandes de la historia religiosa, porque lo oímos hablar siempre en sus propias palabras. Más grande que Pablo es, por supuesto, el Maestro, para quien aquel prepara el camino. Más importante que las epístolas de Pablo debe, por lo tanto, ser esas escrituras que nos hablan de Jesús, es decir, los evangelios.

II

LOS EVANGELIOS

En el desarrollo de la enseñanza de la Iglesia en el pasado, los evangelios (excepto el Evangelio de Juan, por supuesto) de ninguna manera han sido los más influyentes. No han sido para los teólogos de varios períodos los libros más importantes del Nuevo Testamento. Incluso el mismo Lutero puso en segundo plano los primeros tres evangelios. Para él, el libro de la fundación del Nuevo Testamento era la Epístola a los Romanos, con su pequeño anexo, la Epístola a los Gálatas. Pero en el cristianismo como un todo, en el mundo laico de la Iglesia, los evangelios, y especialmente los primeros tres, han ejercido continuamente una especial fascinación. ¿Por qué? Porque no solo enseñaron acerca de Jesús, sino que presentan una visión, una imagen coloreada de Él, que habla a la imaginación y al sentimiento inmediato, de modo mucho más impresionante que las proposiciones formales y las meras instrucciones. En los tiempos modernos, este interés aumentó más cuanto más se considera a Jesús una personalidad real y totalmente humana. Muchos teólogos asignan ahora un lugar de importancia primordial a los evangelios sobre todos los escritos del Nuevo Testamento. Incluso podemos afirmar que hoy existe algo antes ausente: un anhelo por conocer la verdadera imagen histórica, la vida, del hombre Jesús; y las agudas críticas que se le han hecho a pasajes de la narración evangélica no han disminuido este deseo; más bien lo han incrementado.

Podemos considerar los evangelios como los primeros comienzos de una literatura cristiana, ya que nos parece inapropiado llamar literatura a las epístolas de S. Pablo. Aunque los evangelios al principio tenían un círculo estrecho de lectores, aparecen ante el mundo de la manera característica de las producciones literarias. Si hubiera habido un arte de la imprenta en ese momento, es seguro que habrían aparecido no como manuscritos, sino como libros impresos. Pero el término literatura no debe despertar ideas demasiado exaltadas. En lo que respecta a la literatura del mundo en ese momento, estos escritos no tenían importancia. Y, por otro lado, existía una literatura secular con formas distintas —Drama, Épica, Ciencia, Compendios, Diálogos, Oratoria, etc.— pero no en el cristianismo. No es hasta aproximadamente mediados del siglo II cuando el cristianismo comienza a emplear estas formas de literatura secular.

Podríamos preguntarnos si las obras biográficas, tal como eran compuestas en ese momento, no impulsaron la redacción de nuestros evangelios, o fueron un modelo para ellas. Pero esa influencia probablemente deba ser negada. Esta forma literaria de los evangelios es más bien un producto de la misma Iglesia cristiana, y surgió de sus necesidades naturales. Dentro del círculo cristiano sin duda rápidamente ganó un favor especial, y dominó el cristianismo. La mejor prueba de esto es el hecho de que existieron muchos evangelios, no simplemente cuatro. Una parte de estos escritos no surgió, por supuesto, hasta mucho más tarde que nuestros evangelios. Son esas obras en las que a menudo la historia de la infancia, y también la escena de la pasión, o incluso el llamado descenso al Hades, se representan en forma completamente legendaria. Con sus fábulas y milagros exagerados, estas obras deben ser llamadas romances cristianos. Los ignoramos por completo. Pero había otros evangelios proporcionalmente más cerca del resto, y que en carácter muestran mucha afinidad con ellos. Tenemos una serie de fragmentos de un evangelio bastante antiguo de los Hebreos, que debe de haber tenido alguna relación con nuestro Mateo, pero ciertamente también grandes diferencias. Además, fragmentos de un evangelio según los Egipcios, que alguna vez se usaron en Egipto. Hace algo más de una década se encontró en una tumba egipcia un fragmento considerable de un evangelio que se supone es obra de Pedro, y que relata la historia de la pasión y la resurrección. Las citas, sobre el evangelio, del mártir Justino, quien a mediados del siglo II escribió una apología o defensa del cristianismo, no pueden explicarse satisfactoriamente en nuestros evangelios; parece que Justino usó un evangelio desconocido para nosotros. Hace algunos años se encontraron de

nuevo en Egipto algunos pocos logia⁴ de Jesús, y en la misma localidad recientemente se descubrieron otros. Por lo tanto, deben de haber pertenecido, si no a un verdadero evangelio, al menos a un escrito que se encuentra en estrecha relación con la literatura del evangelio. En mi opinión, todos estos escritos y algunos evangelios perdidos deben de ser tan antiguos o antiguos como nuestros cuatro evangelios, o la mayoría de ellos. Lucas dice en el breve prefacio con el que presenta su libro que *muchos* antes que él habían intentado componer una narrativa de la vida de Jesús. Juan no había sido escrito aun, y Lucas probablemente no conocía a nuestro Mateo. Pero aun si lo hubiera conocido, no habría usado la expresión "muchos" si Mateo y Marcos hubieran sido los únicos evangelios existentes. Esta conclusión es y fue compartida por la crítica de los evangelios: nuestros evangelios presuponen la existencia de al menos un evangelio más antiguo.

Es importante para nuestra concepción de los cuatro evangelios aclarar estos hechos de antemano. No estamos enfrentando solo cuatro escritos únicos sino cuatro ejemplos de una clase más amplia, es decir, cuatro vínculos dentro de una cadena de desarrollo. Se puede percibir claramente en esta literatura un desarrollo, con modificaciones considerables. Por eso, las versiones del evangelio que aparecen después de nuestros evangelios tienen gran valor. El profano simplemente preguntará: ¿Tales evangelios no canónicos nos enseñan algo confiable acerca de Jesús? Y si no lo hacen, el profano perderá más interés. Pero el experto sabe que los evangelios no son meras fuentes de la vida real de Jesús, sino también documentos que ilustran el desarrollo gradual y el cambio en la *concepción* de esa vida. Y para él, una producción posterior puede ser muy importante si muestra alteraciones sorprendentes en la repetición de los dichos de Jesús o las historias de él. En términos generales: mientras más material se nos presente para comparar, más claro podremos reconocer el estilo, el carácter y el valor de los evangelios del Nuevo Testamento.

Pasemos ahora especialmente a estos cuatro evangelios del Nuevo Testamento, los llamados evangelios canónicos. Aquí primero debemos hacer una división clara: los evangelios de Mateo, Marcos y Lucas están de un lado y Juan, del otro. Mientras que los primeros tres evangelios están casi relacionados entre sí, tan diferente es el cuarto que es de un patrón esencialmente diferente. Incluso el lector analfabeta de la Biblia nota eso de inmediato. La ciencia está acostumbrada a denotar los tres primeros evangelios con un nombre común, como el de *evangelios sinópticos* o, familiarmente, los sinópticos. Este nombre expresa su sorprendente afinidad. Porque afirma que el texto de estos tres escritos, en su mayor parte, puede y debe considerarse en conjunto, porque formalmente invitan a la comparación. Por lo tanto, no podemos simplemente considerar individualmente estos sinópticos. Eso, por supuesto, también es necesario, pero después de eso debe haber un examen que abarque a todo el grupo.

Como obras históricas, los sinópticos tienen un sello verdaderamente individual, pero también es obvio que son tres escritos hermanos. Inmediatamente nos sorprende que su relato solo abarque una pequeña parte de la vida de Jesús. Marcos no dice nada de todo el período anterior a la aparición pública de Jesús. Mateo y Lucas luego, por supuesto, incluyen historias del nacimiento de Jesús, pero guardan silencio sobre toda su juventud y su crecimiento hasta la edad adulta, aparte de la breve narración de Jesús en el templo a los doce años, en Lucas. El modo de presentación en sí se caracteriza en general por el intercambio de palabras e historia. La narrativa histórica, sin embargo, consiste esencialmente en episodios, podríamos decir anécdotas, pero esta palabra tiene un significado secundario que no sería apropiado. Son casi exclusivamente viñetas, milagros, conversaciones breves, escenas únicas; por otro lado, no hay desarrollo general, grandes líneas de presentación, ninguna descripción del carácter de las personas, ninguna atención a la conexión de eventos. Donde los detalles están mejor encadenados, y el escenario es más ampliamente descripto, es en la historia de la pasión de Jesús.

No debemos creer que los evangelistas eran meramente pescadores y artesanos. Eran de alguna

4 Colección de refranes o máximas de un líder religioso.

manera hombres literarios que pertenecían a los miembros más cultos de la Iglesia. Al menos eso es cierto para el autor de Marcos, más de Mateo, y especialmente del Evangelio de Lucas. Este último precede su trabajo con una introducción —del tipo que encontramos en hombres literarios cultos de la época— en la que habla de predecesores, menciona el orden de los acontecimientos —está interesado en la cronología—; en resumen, deja en claro que sigue un plan histórico. Por supuesto, esto no se puede negar a los otros dos: su intención no es meramente predicar sobre Cristo sino hablar de Él en forma narrativa. Pero **nada podría ser más erróneo que considerar a estos autores como autores modernos de historia, ni como historiadores doctos y entrenados, ni tampoco como escritores de historias populares. De hecho, se debe enfatizar que los tres evangelistas no cuentan su historia simplemente como una historia sino que prefieren, como primera intención, propósitos prácticos y edificantes. No escriben objetivamente, o como personas desinteresadas o como meros cronistas; escriben para creyentes y como creyentes.**

El Evangelio de Juan suele ser contrastado con los sinópticos, y se dice que refleja al Cristo de la fe, en tanto los otros muestran al Cristo de la historia. En ese contraste hay, sin duda, una cierta verdad, pero Mateo, Marcos y Lucas también representan para nosotros con certeza al Cristo que es el objeto de la fe, ya sea que eso coincida con el Jesús de la historia o no. No se puede enfatizar lo suficiente que estos hombres pretenden escribir libros de edificación. Sus escritos están diseñados para ganar hombres para Cristo, para enseñar acerca de él; están destinados a aquellos que ya han sido instruidos en la fe cristiana, y tal vez para ser leídos en el culto público. En resumen, están destinados a predicar a Cristo. Aquellos que suponen que proceden como historiadores correctos, con meticulosidad y cuidado en la organización del material, en la disposición de los temas o en la confirmación de los detalles, formulan afirmaciones falsas y emplean un criterio absurdo.

Es extraordinariamente difícil para aquellos no íntimamente familiarizados con los sinópticos considerarlos por separado. Pero cuando se los mira de cerca tienen, con toda su similitud, cada uno tiene su propio punto de vista especial. Para que los nombres de Mateo, Marcos, Lucas no sean solo nombres sin significado, con algunos ejemplos me gustaría resaltar las originalidades en cada uno de ellos.

Comienzo con MARCOS, el evangelio más corto. Marcos consiste predominantemente en la narración, es decir, él es, en comparación con Mateo y Lucas, pobre en discursos; aparte de algunas parábolas y un discurso más extenso sobre los eventos que preceden a la segunda venida de Jesús, él solo nos proporciona refranes aislados. El estilo de este evangelista es singularmente fresco y vivaz; su disposición es más original y menos elaborada que cualquiera de los otros dos. Es sorprendente que en su narrativa Marcos tenga muchos más detalles minuciosos de los eventos que los otros, y presenta la situación con un color más rico y en una forma más viva. **Entre los milagros de Jesús que el evangelista narra en numerosas ocasiones, se destaca una clase especialmente significativa, la curación de los llamados endemoniados, es decir, aquellos poseídos, o, como deberíamos decir, aquellos que sufren de perturbaciones mentales.** El evangelista parece haber tenido un interés bastante especial en estos milagros. **Además, este evangelio probablemente no haya sido preservado en su totalidad. Su conclusión, tal como la leemos en nuestras Biblias — es decir, los últimos doce versículos— es sin duda no genuina. De hecho, estos versículos no están en los manuscritos más antiguos.** Ese texto difícilmente habría terminado con las palabras que preceden a los versos no auténticos, que fueron agregados más tarde. Sería de esperar que al menos fuese relatada una aparición del Cristo resucitado en Galilea. La conclusión genuina está, por lo tanto, presumiblemente perdida, o tal vez fue omitida a propósito porque no se ajustaba a las ideas de lectores posteriores, y luego fue reemplazada por una narración compilada de otros relatos de la resurrección.

El Evangelio de MATEO ha sido el más influyente y el más popular entre los tres sinópticos. Y merece esta popularidad también debido a su excelente disposición del material y la excelente

estructura del conjunto. Los discursos y las narraciones se intercambian en una gran proporción entre sí, y los discursos de Jesús tienen un efecto más llamativo, ya que aparecen en grandes porciones separadas; el caso es realmente diferente en S. Lucas, quien incluye casi el mismo número de discursos, pero las secciones y piezas son más frecuentes y más cortas, y se distribuyen en todo el libro. Al igual que Lucas, Mateo contiene una historia de la infancia y una genealogía de Jesús, pero es precisamente en estas secciones bastante diferente de la de Lucas.

Mateo ofrece una serie de máximas de Jesús que tienen un agudo tono judío o judaico-cristiano. Por ejemplo, se prohíbe expresamente a los apóstoles acercarse a los paganos y a los samaritanos (10,5), y se enfatiza el valor inviolable de la ley (5,17): "Pero reza para que tu huida no sea en el invierno, ni en el día de reposo" (24,20). Ese dicho implica que la ley prohíbe hacer un viaje largo en el día de reposo. Tales expresiones han llevado a la opinión insostenible de que este evangelio fue pensado especialmente para los cristianos judíos, pero hay otros pasajes con un tono bastante diferente. Estos pasajes dicen claramente que el pueblo judío no tiene privilegios, y que el llamado del evangelio es para todos los pueblos (28,19-20). Aquí hay una contradicción que solo puede explicarse asumiendo que el autor encontró un punto de vista en otro escrito y lo conservó en el texto, pero el otro punto de vista representa su propia opinión. Por lo tanto, se nos hace suponer que al menos hay una fuente de inspiración detrás de este evangelio.

El autor de este evangelio es, por así decirlo, el *teólogo* entre los evangelistas; muestra en particular un conocimiento íntimo del Antiguo Testamento, y uno de sus principales intereses es demostrar que las profecías del Antiguo Testamento se cumplieron en los hechos de la historia de Jesús. De allí la frecuencia de las fórmulas "se hizo para que se cumpliera" o "como está escrito". Esta llamada "prueba profética" tuvo, por supuesto, una influencia generalmente poderosa para la Iglesia primitiva. En Mateo aparece especialmente en su forma clásica.

En su prefacio, LUCAS, como ya hemos dicho, enfatizó particularmente su esfuerzo por la precisión, es decir, la integridad y la secuencia correcta de la narración. En ambos aspectos, aparentemente, él deseaba superar a sus muchos predecesores, ya que cada evangelista naturalmente deseaba hacer su evangelio mejor que los anteriores. Podemos observar que Lucas no ha olvidado del todo este programa en el evangelio. Por ejemplo, transpone muchas narraciones de sus predecesores, y se esfuerza ocasionalmente por relacionar los grandes eventos mundiales con su historia, por lo que menciona a César Augusto (2,1), otra vez al emperador Tiberio (3,2) y a otros gobernantes. **La crítica no puede, por supuesto, afirmar que las alteraciones de Lucas son realmente mejoras en la secuencia de la historia. El gran viaje, por ejemplo, que él inserta en los capítulos 9 a 18, como tal no es imaginable, aunque eso no significa que las historias de esos capítulos no valgan nada.**

Creemos que la superioridad de Lucas reside en otros aspectos. Su método de narración es reflexivo y atractivo en alto grado. Algunos de los pasajes más impresionantes de la historia del evangelio le pertenecen solo a él —por ejemplo, que Jesús "miró a Pedro" después de su negación (22,61)— y le gusta, en las parábolas que registra, dejar que las personas involucradas hablen por sí mismas, registrando sentimientos que ponen al descubierto su alma: "Cavar, no puedo; mendigar me da vergüenza", dice el administrador injusto (16,3). O "me levantaré e iré a mi padre", dice el hijo pródigo (15,18). En esos rasgos istinguimos un aporte debido al estilo de Lucas, porque Mateo relata las parábolas de una manera diferente.

Jesús aparece en este evangelio de una manera especial, como amigo de los perdidos y de esas clases despreciadas por los judíos, "publicanos y pecadores" (como se dice); pero al mismo tiempo como el enemigo de los ricos. Y esta es una característica evidentemente clara de este evangelio. En ninguna parte se juzga tan severamente la riqueza como aquí, y en ninguna parte la pobreza —o la caridad que se despoja de sus posesiones— se eleva tanto. En consecuencia, el crítico pregunta si

aquí el evangelista presenta los pensamientos de Jesús con exactitud real, o si, quizás inconscientemente, los colorea con sus propias ideas. Al parecer, las condiciones de vida en Palestina no le interesan tanto a Lucas como a Marcos y Mateo. Quizás él no asumió mucho interés por el tema en sus lectores. Como fuere, en Lucas los discursos de Jesús no poseen esa coloración judía local tan clara en Mateo. El antagonismo de Jesús con los fariseos no aparece tan obviamente.

Ninguno de los tres pretende seriamente haber sido un testigo presencial de la vida de Jesús. Ninguno de ellos narra de manera tal que *implique* que estaba hablando de sus propias experiencias. Nadie habla de su relación con Jesús, o usa en su historia el "nosotros" personal. Además, Lucas positivamente niega ser un testigo ocular; él pertenece a una generación posterior.

Luego de las diferencias que hemos visto, es apropiado fijar nuestra atención principalmente en la RELACIÓN ENTRE LOS TRES LIBROS. Esto es, de hecho, más llamativo. La pregunta no es meramente sobre la similitud general del método de presentación o el orden y la sucesión de descripciones breves. Y no se trata solo de que todo el marco de la narrativa sea el mismo: comienzo con el bautismo por Juan el Bautista, la tentación, la continuación de la historia en Galilea, el viaje a Jerusalén y una conclusión con un relato muy detallado, en los tres, de la pasión, la muerte y la resurrección. Más sorprendente es, en cualquier caso, la similitud en la selección del material, porque es claramente obvio que Jesús, en el período que representan los evangelistas, hizo más y dijo más de lo que registran esas pocas páginas. ¿Por qué es, entonces, que el contenido del material coincide tan preponderantemente? Lo que los tres, o al menos dos, evangelistas tienen en común equivale a dos tercios de todo el contenido. Además, la similitud en el orden de los episodios es muy marcada. Grupos de dos o tres episodios aparecen en el mismo orden, lo que no se puede explicar diciendo que se debe a que esa es la verdadera sucesión de los eventos. ¿Cómo, entonces, podría explicarse que el orden entre los grupos sea frecuentemente tan divergente? Es solo esta diferencia lo que hace que la semejanza parcial sea tan sorprendente. Finalmente, es notable que la concordancia en los dichos de Jesús y en las narraciones se extienda en gran medida a las fórmulas verbales utilizadas. Esa exactitud exacta de las palabras es digna de mención, porque Jesús no hablaba griego, el idioma en el que escribieron los evangelistas. Su habla materna era más bien arameo, un dialecto relacionado con el siríaco, que por entonces había reemplazado al hebreo en Palestina. Dado que las palabras de Jesús llegaron a nosotros solo en traducciones, la coincidencia hasta en los detalles más pequeños es doblemente sorprendente.

Ahora nos encontramos en presencia del problema que la investigación explora desde fines del siglo XVIII hasta hoy con un celo realmente entusiasta, y que se conoce como el problema sinóptico. ¿Cómo se explica esta relación de largo alcance en el contenido, la coincidencia y la concordancia verbal, junto a diferencias igualmente notables? ¿Cómo explicar esta peculiar mezcla de semejanza y disparidad?

La casualidad no es una explicación, ya que las similitudes no pueden ser accidentales. La doctrina de la inspiración divina de los evangelios tampoco es una explicación, porque la inspiración divina es incompatible con las diferencias.

La crítica literaria intentó varias respuestas. Por supuesto, es obvio que uno de los evangelistas usó el texto de los otros. Junto a esto, está la suposición de que nuestros evangelistas podrían haberse inspirado en uno o varios evangelios perdidos, o posiblemente de varios bocetos más pequeños y fragmentos de narración. Ya Lessing desarrolló las ideas fundamentales de esta hipótesis. Finalmente, se ha introducido la tradición oral: la repetición frecuente de las palabras y los actos de Jesús asumió gradualmente la forma de una narración congelada y fija. La fuerte coincidencia puede ser explicada de ese modo.

La investigación posterior ya no nos permite creer que sólo una de estas hipótesis conduzca a la meta, y mucho menos la idea de la tradición oral. Parece que deberíamos aceptar lo que es correcto en todos estos intentos, y de esta manera llegamos a resultados definitivos. Por supuesto, **no podemos hablar de un acuerdo absoluto entre los críticos, pero la mayoría está de acuerdo, al menos, en varios puntos fundamentales**, y estos pueden, ser considerados como resultado real de un arduo trabajo.

El primero de ellos es que Marcos fue una fuente para Lucas y Mateo. Como cuestión de hecho, existen las bases más sólidas para esto. Señalo algunas. Si Marcos hubiese copiado de los otros evangelios no podríamos entender por qué dejó de lado tanto material; si, por otro lado, Marcos es la base, entonces los dos sucesores incorporaron casi todo su evangelio; pero por qué omitieron algunas porciones es totalmente capaz de una explicación válida. Además, se deduce que **la secuencia de la narración de Marcos se encuentra en la base de los otros. Divergen con frecuencia de esta secuencia, pero siempre vuelven a ella.** Además, es a favor de esto que Marcos no da ninguna historia de la infancia. **Las historias de la infancia en Mateo y Lucas, poéticas como son, precisamente porque poseen encanto poético deben considerarse en todo momento como mitos: la aparición de los ángeles los marca como tales** y, como la investigación independiente generalmente reconoce, pertenecen sin duda a las últimas épocas de la tradición evangélica.

Si Marcos hubiese leído antes a Mateo o Lucas difícilmente habría omitido estas historias, porque estaban de acuerdo con la creencia de la época.

Pero también en materia de detalles vemos que Marcos ofrece el texto más antiguo. Por ejemplo, **en el bautismo de Jesús, Mateo incluye el rechazo inicial de Juan el Bautista: "debería ser bautizado por tí, y ¿vienes a mí?"** Esta objeción no está en Marcos. Es mucho más razonable darse cuenta de que Mateo la agregó, que creer que Marcos la omitió: algunos creyentes protestaron por el hecho de que Jesús fue bautizado por Juan, lo que no parecía compatible con la impecabilidad de Jesús, y también parecía subordinar a Jesús a Juan el Bautista. Esta objeción fue la causa de la adición en Mateo: si se muestra a Juan el Bautista diciendo que Jesús no necesitaba ningún bautismo, entonces se elimina la duda del procedimiento. **Otro ejemplo. "Entonces vino uno y le dijo: Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna? El le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno sino uno: Dios."** Así dice Marcos (10,17 f.). En Mateo el epíteto "bueno" no aparece. Se dice: "Maestro, ¿qué cosa buena debo hacer para heredar la vida eterna? "A esto Jesús responde: "¿Por qué me preguntas sobre el bien? Nadie hay bueno sino uno: Dios. "(19,16). Esta diferencia solo puede explicarse si el texto de Marcos, "¿Por qué me llamas bueno?" fue cuestionado, y en consecuencia fue cambiado.⁵

El segundo gran resultado de la crítica es el siguiente: además de Marcos, otra fuente es la base de los evangelios de Mateo y Lucas, en las porciones que no están tomadas de Marcos y en las cuales estos dos están en un acuerdo tan extraordinario. Esto es esencialmente aplicable a una gran porción de los dichos de Jesús. Esta fuente debe de ser un libro perdido para nosotros.⁶ Y se conjetura que fue una especie de catecismo o libro de lecciones compuesto de dichos y palabras de Jesús, que ofrecía reglas que la Iglesia necesitaba para su vida, espiritualidad, misión y esperanza para el futuro. Todavía poseemos el contenido de esta fuente en buena parte, en solo aquellas palabras de Jesús que Mateo y Lucas tienen en común, y también posiblemente en algunos pasajes que se encuentran en solo uno de los evangelios; por supuesto, debe tenerse en cuenta que han sido utilizados por cada evangelista en una forma diferente. Pero, ¿no sería mucho

⁵ Sin embargo, todas las versiones de la Biblia que hemos revisado (en castellano, inglés y alemán) incluyen la expresión "Maestro Bueno" en Mateo 19:16, con la sola excepción de una versión en alemán que es muy posterior a la muerte de Wrede. La Biblia de Lutero, de 1545, que Wrede debió tener ante sí, dice "Guten Meister", no sólo "Meister".

⁶ El libro "Q", del alemán Quelle, "fuente".

más sensato explicar esas concordancias diciendo que Mateo usó Lucas o Lucas usó Mateo? Por supuesto, este método se ha intentado, pero no conduce a la meta.

Un tercer y último resultado sería: **para las porciones que solo Lucas tiene, y también para aquellas que solo incluye Mateo, una o varias fuentes, que ya no poseemos, deben ser asumidas.** Aquí y allá ambos evangelistas probablemente también se basaron en las tradiciones orales. Esta conclusión de las otras dos proposiciones principales es necesaria, ya que es imposible que Lucas haya inventado los relatos que solo él tiene. A estos relatos pertenece una serie de las mejores parábolas de Jesús, todas las cuales deben considerarse parte de la mejor tradición de los evangelios.

Por supuesto, en general es correcto decir que parte de las narraciones fue creada por los propios evangelistas. En general, transmiten lo que han recibido. Pero ellos mismos dan forma a la tradición de diversas maneras, hacen adiciones, abreviaciones y unen, según su propio juicio, una fuente con la otra. La prueba de esto es bastante clara en nuestros evangelios. Incluso cuando Mateo y Lucas siguen a Marcos, notamos alteraciones frecuentes, y Marcos no fue diferente al resto.

No se pretende dar la impresión de que se ha explicado todo, o incluso todo importante. ¿Cuáles son las fuentes de Marcos? ¿Él también usó fuentes escritas? Posiblemente incluso una colección de logia? ¿Es nuestro Marcos la forma más antigua de este evangelio? O hubo un Marcos más antiguo, original? ¿Cuál era la forma real de la logia? Podríamos continuar. En todos estos puntos, la batalla de las opiniones sigue. ¿Cesará algún día? ¿Alguna vez podremos decir que hemos resuelto todo el problema sinóptico? Podemos dudar de eso, ya que tenemos demasiados elementos desconocidos para tratar. Y si en los montículos de Egipto o las ruinas de Asia Menor todavía podemos encontrar documentos perdidos para ayudar a aclarar el origen de los evangelios, hay una probabilidad, aunque muy pequeña, de que los escritos de los que se extrajeron nuestros evangelios aparezcan algún día.

Mientras tanto, debería ser muy evidente que los resultados logrados son importantes. Insisto solo en dos puntos opuestos. Primero, que la importancia histórica del Evangelio de Marcos se eleva considerablemente si fue la fuente común de los otros dos, pero si estos se derivan de Marcos, entonces, el testimonio donde ellos copian a Marcos no tiene valor independiente. Y habría, por lo tanto, no tres testigos para un evento, sino solo uno: Marcos. La credibilidad de este escritor se convierte así en una pregunta fundamental. Es decir que, por todo lo que se relaciona con el curso, el desarrollo en la vida de Jesús, dependemos de Marcos, porque aquí ambos sucesores descansan completamente en él. En segundo lugar, también es de gran importancia señalar que hay una colección de dichos de Jesús que forma la base de Mateo y Lucas, y esos dichos requieren un testigo más viejo que los mismos Mateo y Lucas. De esta manera la importancia histórica de Mateo y Lucas se eleva por encima de la de Marcos, ya que Marcos no contiene estos dichos en absoluto.

Nos queda otro problema. Es importante considerar los evangelios en relación con el desarrollo de una tradición sobre la vida de Jesús. Debemos considerar, e históricamente concebir, los evangelios como etapas en este desarrollo. Esto nos lleva, entonces, a la cuestión del valor histórico de estos relatos, una cuestión a la cual este trabajo ciertamente solo puede hacer una justicia muy incompleta.

Por supuesto, este desarrollo, en la medida en que se encuentra más allá de nuestros sinópticos, está para nosotros en la oscuridad. Pero podemos llegar a ciertas conclusiones a *posteriori*, porque sabemos que toda tradición humana depende de ciertas leyes.

El momento después de la muerte de Jesús, cuando la tradición acerca de Jesús todavía era bastante rica y fresca, indica el punto de partida. Por supuesto, incluso entonces muchas piezas valiosas de

información ya habían sido olvidadas, porque el olvido comienza exactamente en el momento en que hay algo que recordar. Pero es cierto que los testigos presenciales que habían acompañado a Jesús podían entonces relacionarse infinitamente con Él, y que estos recuerdos se presentaban ante sus ojos con singular claridad. La primera propagación de recuerdos fue, en todos los aspectos, libre y variada. Naturalmente, fueron principalmente dichos únicos, instrucciones y narraciones individuales. En términos generales, no se planteó ninguna cuestión en cuanto a una visión total de la vida de Jesús; se conocían ciertos hechos principales, y esto era suficiente. **Que largos discursos como el Sermón de la Montaña puedan conservarse verbalmente en el recuerdo es improbable.** El examen de nuestros evangelios nos enseña que los discursos largos están compuestos principalmente por piezas más cortas, o incluso por simples dichos. **Nadie pensó en un plan para preservar los recuerdos, porque se consideraba inminente el regreso del Señor.**

Luego la tradición se volvería gradualmente más pobre. Los testigos presenciales murieron o fueron dispersados. De esta manera, se perdió mucho. El siguiente paso importante es el hecho de que la tradición se trasplantó temprano a un suelo no nativo, es decir, fuera de Palestina. En tales trasplantes siempre se desvanece mucho; especialmente es el caso de aquellos que viven lejos y no están familiarizados con condiciones locales y personales bien conocidas por la gente de la región de origen, ni tienen interés en averiguarlas. Así, la imagen de los eventos reales se desdibuja.

Hay algo más. La tradición no fue solo cuestión de recuerdo personal y sentimental, sino que alcanzó un significado especial para la vida de la Iglesia. En una fecha temprana, las palabras de Jesús se convirtieron, como ya lo vemos en Pablo, en reglas comunes para la Iglesia. Aquello que era importante para los intereses de su fe y de su vida era por supuesto sostenido con especial firmeza; particularmente las palabras del Señor estaban firmemente fijadas en la mente, y quizás también sus dichos aislados fueron conectados entre sí. En contraste, lo que era puramente personal u ocasional cayó en el trasfondo de la tradición. De los eventos en la vida de Jesús fueron transmitidos aquellos que ilustraban especialmente la obra de Jesús como Salvador, o que tenían importancia didáctica. Para la cronología, la relación de Jesús con la gente, sus tratos privados con sus discípulos y sus vínculos con individuos o grupos, interesaron poco. Naturalmente, las historias de Jesús se repitieron de manera libre, con todo el placer que la narración de cosas gloriosas puede proporcionar.

Las primeras escrituras del evangelio, entonces, son un hito en este desarrollo. ¿Cuál fue su impacto en la tradición? Antes que nada, el hecho muy importante de que ahora una parte de los recuerdos fue así fijada, para que no se perdiera. Pero además de eso, no debemos pasar por alto que con la aparición de los evangelios hubo un empobrecimiento de la tradición. Suena extraño, pero es correcto. Cuando surgieron las primeras escrituras de este tipo, sin duda había mucha tradición oral libre. Pero solo lo que se recolectó en el receptáculo de estos escritos se retuvo, mientras que el resto se perdió en su mayor parte, y eso fue porque ahora había evangelios escritos, por lo que las personas que deseaban escuchar acerca de Jesús recurrieron a ellos, como el mejor depósito de los recuerdos de Jesús. Los recuerdos aislados perdieron su significado. Los hechos corroboran este punto de vista: apenas se conserva una que otra historia creíble fuera de los evangelios en las antiguas escrituras de la Iglesia. Por supuesto, hay dichos de Jesús, los llamados Agrapha, es decir, expresiones que no están en los relatos del evangelio, que han sobrevivido. Tenemos un número considerable de ellos. Algunos pueden ser genuinos, como, por ejemplo, el dicho: "Sé un buen banquero"; quizás también esa hermosa palabra que se dice que Jesús dirigió a un hombre a quien vio trabajando en el día de reposo: "Hombre, si sabes lo que haces, eres bendecido, pero si no sabes, eres condenado y transgresor de la ley ". Pero es probable que haya pocas palabras de este tipo que puedan considerarse genuinas.

Ahora, ¿en qué momento particular se originaron estos primeros evangelios? No hay acuerdo en cuanto a la fecha de nuestro Marcos. Algunos lo pusieron en el tiempo inmediatamente

anterior a la destrucción de Jerusalén —en los años 65-70 dC—, por lo tanto, más de treinta años después de la muerte de Jesús, pero muchos piensan en diez años después de eso, o incluso más. La colección de logia *tal vez* surgió un poco antes, y muchos expertos la remontan al apóstol Mateo, y asumen que por este motivo el nombre del apóstol pasó a nuestro evangelio según San Mateo, simplemente porque incorporó la colección de refranes. **Porque nuestro evangelio de Mateo ciertamente no es del apóstol de ese nombre. Contra esto hay varias razones; entre otras, la gran dependencia de Marcos. Y ese trabajo podría, al igual que el de Lucas, no haberse originado hasta aproximadamente el final del primer siglo.**

En el tiempo mencionado —en las últimas tres o cuatro décadas del primer siglo, por lo tanto, hasta donde vemos, se completó la primera y la fundación de la tradición. Y ya hemos visto que el desarrollo no se detuvo allí, porque sigue un evangelio tras otro, no solo el Evangelio de Juan, sino también el de los Hebreos, los Egipcios, el Evangelio de Pedro, y luego las extravagantes producciones de un período posterior. No podemos sorprendernos de que el creciente empobrecimiento en las tradiciones genuinas tenga como acompañamiento un creciente aumento de las no auténticas.

Toda tradición humana implica alteración. Si queremos entender los evangelios debemos tener un ojo para el efecto transformador de la tradición. Lutero dijo en la Dieta de Worms, y Europa escuchó: "Aquí estoy, no puedo hacer otra cosa", pero incluso en 1521, cuando eso fue dicho, ya había tres versiones de la frase. En vista de tales analogías **debemos aceptar que las narraciones de la vida y las enseñanzas de Jesús experimentaron cambios importantes hasta que llegaron a los evangelios. Nuestros evangelios mismos nos proporcionan la evidencia original de esto. Incluso en las décadas que pueden haber intervenido entre sus diversos orígenes, vemos cómo se hicieron alteraciones, algunas pequeñas y insignificantes, otras más exhaustivas. La tradición crece gradualmente hasta completarse, recibe elucidación sobre su significado; también se corrige, por supuesto, con la mejor fe, cuando una expresión parece inquietante, cuando tal vez no parece adecuada a Jesús, o ya no corresponde a la creencia de un período posterior. Se puede demostrar que bajo el honesto convencimiento de que Jesús debe de haber dicho algo o relatado algo, se aseveraba que lo dijo. Por ejemplo, esas profecías detalladas sobre su sufrimiento, su muerte y su resurrección que son una historia abreviada de la pasión podrían haberse originado en la creencia de que seguramente Jesús debe de haber anticipado todo lo que iba a ocurrir.**

Si esto es ahora claramente perceptible, ¿podría la tradición fluir sin cambios en el tiempo anterior a los primeros evangelios escritos? Eso es muy improbable. Aunque la historia de los cambios antes de nuestros evangelios está en la oscuridad y solo hechos concisos pueden deducirse de nuestros evangelios, las transformaciones en los primeros treinta o cuarenta años no pueden haber sido insignificantes.

No debemos suponer que el desarrollo pudo haber alterado todas las tradiciones por igual. La gran enseñanza "no juzgues para no ser juzgado", el agudo e incisivo dicho "ningún hombre puede servir a dos amos" ("no puedes servir a Dios y a Mammon") o la palabra de consuelo "ten cuidado por nada ... tu Padre celestial sabe que tienes necesidad de todas estas cosas" fueron tan verdaderas treinta, cuarenta, cincuenta años después de la muerte de Jesús como en el momento en que fueron pronunciadas. Podrían ser olvidadas, pero no cambiarían esencialmente; a lo sumo se revisaría la fraseología. Por otra parte, **la alteración debe de haber sido grande donde las ideas de la Iglesia se desarrollaron más; sobre todo, sobre la cuestión de la persona de Jesús, es decir, sobre su naturaleza suprahumana superior o el significado de su muerte; o, por ejemplo, en la expectativa del futuro: ¿vendrá Jesús pronto o tardará mucho? o sobre la cuestión de si los paganos tendrían una participación en la salvación cristiana, y similares. Aquí fue a la larga completamente imposible que la enseñanza de Jesús, o la historia de su vida, no hubiese**

respondido al rápido desarrollo de las creencias cristianas de la Iglesia; posiblemente incluso en desacuerdo con ellas. Fue así como comenzó un trabajo imperceptible de adaptar la imagen tradicional de Jesús a las creencias de un tiempo particular, para reconciliarla con ellas.

Por supuesto, todo esto todavía no nos ayuda a determinar qué y cuánto de nuestros evangelios se pueden considerar como recuerdo genuino, y qué y cuánto es posterior a la acumulación. Ya he confesado que realmente no puedo resolver esta pregunta exhaustiva en este trabajo. No solo porque aquí no hay espacio para eso, sino porque al hacerlo estaría sobrepasando mi tema. Debo hablar del origen de las escrituras del evangelio. La cuestión de la credibilidad va más allá de estos límites. En consecuencia, en este punto solo me permito algunas observaciones.

La imagen de la vida de Jesús tal como se encuentra en nuestros evangelios se asemeja a una pintura que ha sido repintada una vez, o quizás más de una vez, para ocultar más o menos los colores y contornos originales. **Incluso nuestro Evangelio de Marcos, lamento decirlo, de ninguna manera simplemente describe la vida de Jesús tal como era. No solo contiene características míticas, como el encuentro de Jesús con el Diablo o el caminar de Jesús en el mar, o la alimentación de cinco mil con un poco de pan y pescado; también indudablemente muestra concepciones dogmáticas definidas. Jesús ya no es considerado simplemente como un hombre, sino como un ser divino que podría hacerlo todo —por ejemplo, profetizar con precisión el futuro y los detalles de sus propios sufrimientos.** Marcos no sabía mucho sobre el desarrollo de la vida de Jesús. La secuencia de su narración es escasamente cronológica, ya que organiza la mayor parte de acuerdo con el tema. Y a partir de su narración nos es imposible describir con precisión el curso de la vida de Jesús. Generalmente se asume que Marcos utilizó recuerdos de los discursos de Pedro, pero lo cierto es que estos solo aparecen en una porción de las narraciones. No podemos negar la fuerza de esos hechos.

Por otro lado, no puede haber error en que en sus diversas narrativas se encuentra mucha tradición genuina, ya sea que se remonte a Pedro o no. Además de esto, **muchos relatos de milagros no deben ser eliminados en lo que respecta a milagros de curación. Porque no se puede negar que Jesús poseía el don de curar, y eso no contradice la probabilidad histórica porque este tipo de don ha sido visto en otros.** Además, el realismo en la escena donde transcurre la vida de Jesús todavía es a menudo claramente discernible. **Ciertas narraciones no pueden haber sido inventadas porque su invención es inconcebible. Pedro era en el cristianismo más antiguo casi el personaje más importante. ¿Quién hubiera inventado la historia de su negación, que fue en su perjuicio? ¿Quién puede haber ideado el agudo contraste en el que aparece Jesús en relación con los fariseos?** Las épocas posteriores ya no podrían tener ningún interés en estos temas. Pero podemos depositar especial confianza, por ejemplo, en los dichos de Jesús porque son una enseñanza profunda de la piedad y la moralidad más puras; en las claras parábolas iluminadoras, en los breves y llamativos dichos o en las reglas de vida, tan originales en su forma. Pero, además de todo esto se presenta ante nosotros una imagen totalmente definida, que no se puede confundir con ninguna otra: la imagen de una personalidad real no reconocible en todas sus características pero que aún nos habla con la fuerza de la realidad, exaltada, majestuosa, subyugante, grande y pura, profunda y clara, seria y amorosa, fuerte y suave.

Sí, la imagen de la vida de Jesús ha sido repintada, y en muchos lugares está muy coloreada, pero los colores originales en todas partes brillan a través de la coloración adicional. La tarea de la ciencia, donde sea posible, es eliminar las capas superpuestas y, en la medida de lo posible, develar la imagen genuina.

Hasta ahora he guardado silencio sobre el EVANGELIO DE S. JUAN. Sin embargo, nuestras reflexiones han establecido ya mucho que es preparatorio para la comprensión de este evangelio. Porque Juan representa una etapa más avanzada de los sinópticos, no en términos de valor, sino de

desarrollo.

La lucha de opiniones, en cuanto a este evangelio, se ha centrado mucho sobre la identidad del autor. ¿Es el apóstol Juan (el hijo de Zebedeo) o no? Ninguna otra pregunta sobre esta obra se ha debatido con mayor fervor. Debo, sin embargo, decir enfáticamente que ese no es el único tema de importancia; igualmente esencial es la pregunta sobre la naturaleza y el diseño de ese texto. Y esta misma pregunta es de la mayor relevancia, ya que tiene que ver con el problema de la autoría.

Antes de prestar mucha atención a este evangelio, una palabra sobre un tema preliminar. Con frecuencia se ha intentado demostrar que se trata de un libro compuesto que contiene un trabajo anterior, elaborado por un editor posterior e incorporado con su propio trabajo. Este intento debe ser declarado un fracaso. Este es un trabajo de un solo molde. Es, en palabras de un crítico, como la túnica sin costuras de Cristo, sobre la cual es posible echar suertes, pero que no se puede dividir. Por todos lados se revela el mismo espíritu y la misma forma de presentación.

Una narración ciertamente, como comúnmente se reconoce, originalmente no estaba en el evangelio, y de hecho una que si no estamos del todo confundidos descansa en un auténtico recuerdo: la patética historia de la adúltera a quien Jesús manifiesta Su ternura. **Además, aún se puede dudar que el último (21º) capítulo sea parte original del evangelio: muchos lo creen una adición de una mano posterior. El final del capítulo 20 de hecho suena exactamente como una conclusión formal: "Y muchas otras señales verdaderamente dio Jesús a sus discípulos, que no están escritas en este libro. Pero estas están escritas para que creáis que Jesús es el Cristo, el hijo de Dios." Sin embargo, personalmente creo que el capítulo 21 proviene del mismo autor que el resto, aunque puede haber sido escrito un poco más tarde.**

Luego de los sinópticos, la impresión que nos da Juan es completamente distinta. Hay material en común, como en la historia de la pasión, en los milagros o en la historia de Juan el Bautista, pero la mayor parte del material sinóptico no tiene paralelo aquí. ¡Y cuánto hay de nuevo en este evangelista! Su comienzo, por ejemplo, el llamado prólogo, suena tan completamente diferente del estilo sinóptico. Es una exposición que gira alrededor de la noción de la "Palabra", primero "con Dios" y luego "hecha carne". Y deberíamos pensar en la conversación con Nicodemo, con el samaritano en el pozo, sobre la resurrección de Lázaro, sobre el lavado de pies. Todo el teatro de acción de Jesús parece cambiado. En los sinópticos, es predominantemente Galilea, y luego Jerusalén. Aquí la escena cambia por momentos; en general, Jesús aparece en Judea y Jerusalén. Da la impresión de que tocó Galilea muy levemente.

Pero todo esto es insignificante en comparación con la diferencia en los discursos. Salvo algunos breves dichos, este evangelio no nos recuerda nada a los discursos de los sinópticos. Todas las palabras sobre el perdón, el amor a nuestros enemigos, el servicio, el orgullo de los fariseos, el reino de Dios, todas las parábolas sorprendentes han desaparecido. En lugar de esto, encontramos una abundancia de nuevos discursos, todos de un carácter diferente aunque bastante uniformes, que desarrollan un hilo de pensamiento definido, y en ellos todo gira apropiadamente sobre un tema: la persona de Cristo y la fe en Él; que estuvo con el Padre antes de venir a la carne, que por lo tanto puede dar testimonio del Padre; que Él es uno con el Padre, en igualdad con Él; que Él puede resucitar de los muertos y juzgar a la humanidad; que Él es el pan de vida, el camino, la verdad y la vida; que el mundo que lo rechaza rechaza al Padre —tales pensamientos aparecen en formas siempre nuevas. Quienes por primera vez perciben esta diferencia con los tres sinópticos se sorprenden mucho.

La comparación de este evangelio con los sinópticos nos lleva a lo que ambos tienen en común. En primer lugar, uno de los resultados es ver que **Juan depende de los demás, y eso se ve más claramente en la historia de la pasión. Las similitudes, por ejemplo, en la secuencia, son aquí y**

en otros lugares demasiado grandes para ser entendidas en ausencia de tal suposición. Por supuesto, es posible preguntar si Juan no es el evangelio más antiguo, pero esa posibilidad no puede tomarse en serio. Porque en todas partes vemos que Juan representa la etapa posterior del desarrollo. No me detendré en el hecho de que los relatos de Juan presentan una peculiar indefinición; hay suficientes ejemplos individuales para llegar a esa conclusión. **Hay, por ejemplo, claramente perceptible un clímax en los relatos de milagros. Marcos habla de una resurrección, de la resurrección de la hija de Jairo inmediatamente después de su muerte, pero en Juan la resurrección de Lázaro sigue después de que su cuerpo ha yacido en la tumba cuatro días ya, y la descomposición ha comenzado. Los sinópticos también narran la cura de la ceguera, pero en Juan el ciego sanado era ciego de nacimiento, y hay más casos similares. Luego hay algunos ejemplos únicos de transformaciones. La frase en la cual Juan el Bautista anuncia que el Mesías que viene viene, por ejemplo, "viene uno más poderoso que yo después de él, y no soy digno de desatar la correa de su calzado" (Marcos 1,2) en Juan es similar (1,27), pero dice también: "Este es aquel de quien dije: Después de mí viene un hombre que es preferido delante de mí, porque él era antes que yo" (1,30). Es imposible dudar de que los dichos del Señor sean los mismos, pero en Juan se agrega algo que no se encuentra en Marcos: la idea de la llamada preexistencia,** por ejemplo, de su estar con Dios antes de la encarnación, y eso es más extraño porque Juan Bautista lo dice al principio. Marcos representa cómo Jesús, cuando desea decirle a Pedro que debe sufrir, dijo: "¡Quítate de delante de mí, Satanás!" (8,35). Esto no se encuentra en la escena similar en Juan. Por otro lado, Jesús dice de Judas Iscariote: "Uno de ustedes es un demonio". No estaremos muy lejos en la suposición de que a los lectores posteriores les pareció cuestionable que Cristo aplicase a Pedro, este discípulo principal, el epíteto Satanás, y que deliberaron si en realidad esa acusación no fue dirigida a Judas.

Esta relación de Juan con la narrativa sinóptica es muy importante para cualquier juicio histórico sobre el libro y su autor. Pero el carácter, la naturaleza de nuestra escritura aun así no queda claro, y es necesario reconocer eso.

Este es ahora el más importante resultado del trabajo teológico, que este evangelio en su núcleo más profundo no sigue el plan de relatar la vida de Jesús, sino de enseñar acerca de él. Este es el verdadero objetivo, evidente en cada página, que el autor se propone. La narración debe ser considerada como un mero cortinaje de la enseñanza.

La narración misma, especialmente los milagros, nos muestra esto de varias maneras. Los milagros tienen la intención de ilustrar la dignidad sobrehumana y divina de Jesús. Por esta razón están relatados. Si, por ejemplo, se cuenta la resurrección de Lázaro, se hace con el propósito de ilustrar la proposición "yo soy la resurrección y la vida", que sigue. O la alimentación de los cinco mil contiene la enseñanza de que "Cristo es el pan de vida." Pero esto es mucho más claro aún en los discursos y las conversaciones del evangelio. Aquí la enseñanza de Cristo que el autor proclama se desarrolla formalmente, y se expone en estilos y formas siempre nuevas.

Por supuesto, es imposible llegar al punto de vista correcto mientras ocultemos el conocimiento que es esencial para la comprensión de estos discursos. En pocas palabras, **estos discursos son obra propia del autor. Los sinópticos probablemente también han modelado aquí y allá en algún grado los discursos de Jesús, pero en general repiten la tradición. Aunque en forma más moderna, Juan también agrega a su narración una buena cantidad de tradición, pero en los discursos, como máximo, solo unos pocos dichos breves pueden considerarse tradicionales.**

¿Cómo demostrar esta afirmación? En primer lugar, los discursos juaninos de Jesús tienen un estilo, un carácter y un contenido tan diferentes de los sinópticos, que no podemos creer que la misma persona los haya pronunciado. Si Jesús discurrió como habla en Juan, entonces podemos afirmar con seguridad que no habló como lo hace en los sinópticos. Pero no hay

duda de que fueron estos últimos quienes nos dan la noción correcta del método popular, nítido y llamativo de Jesús. En segundo lugar, el contenido de los discursos juaninos es de un tipo que ya presupone un largo desarrollo de la Iglesia cristiana. Esta enseñanza de Cristo que se despliega en el Evangelio trasciende incluso las palabras de Pablo. La personalidad humana de Jesús casi ha desaparecido; un ser divino se presenta ante nosotros, que ha existido desde el principio, y que tiene los atributos de la omnipotencia y la omnisciencia, como Dios mismo. * En otras palabras, los discursos presuponen un elaborado dogma de la naturaleza de Cristo. En tercer lugar, y este es un ejemplo muy llamativo, la Primera Epístola de Juan es visiblemente del mismo autor que el evangelio de Juan; si comparamos los dos, es muy claro que Jesús en el evangelio habla como el autor en su epístola. Las concordancias son ocasionalmente casi textuales. Pero el prólogo del evangelio también suena casi como un discurso. Y aún más. El discurso de Juan el Bautista, que se encuentra en el tercer capítulo, es, otra vez, bastante similar a los discursos de Jesús. La conclusión necesaria es: aquí solo habla una persona: el evangelista.**

Si este punto de vista es correcto, entonces podemos entender que aquí no tenemos un trabajo histórico real, sino un tratado teológico. Con cierta corrección podríamos decir que aquí se ha formado una versión didáctica avanzada de la enseñanza de Pablo concerniente a Cristo, inserta en el molde de un bosquejo de la vida de Cristo.

Pero aún así esto no explica cuál fue el motivo que indujo al autor a escribir tal libro, y encontramos la clave de esto si, a la idea de que el objetivo fue la enseñanza, le agregamos una segunda finalidad: Este escrito tiene el propósito de defender la fe cristiana; es una apología, es decir, una escritura defensiva que tiene a la vista a opositores definidos, por lo que abre la serie de numerosas apologías que se escribieron en los primeros siglos de la cristiandad.

Los enemigos que combate el autor no son, sin embargo, los paganos, ni son, en mi opinión, herejes dentro del cristianismo. Podemos inferir de este evangelio que el cristianismo de la época en que el autor escribe ya no tiene ninguna conexión con el judaísmo. La obra de Pablo ha dado sus frutos: la Iglesia ha rechazado el judaísmo, que se ha convertido, mucho más que en tiempos de Pablo, en un enemigo real, y al mismo tiempo su rival. El judaísmo no está devolviendo la enemistad; ha odiado el cristianismo creciente desde el principio. Lanza reproches contra los cristianos y busca dañarlos especialmente atacando su fe en Cristo. Sostiene que Jesús realmente no era el Mesías porque su constitución física debería haber sido diferente; que era ridículo y blasfemo llamarlo Hijo de Dios; que no poseía poder divino, sino era un ser humano sin poder.

Este evangelio debe de haber sido escrito en una localidad, presumiblemente en Asia Menor, donde esta disputa se inflamó violentamente, y eso movió al autor, como se dijo, más allá de todo lo demás, a la composición de este escrito, y a darle ese tono de replicar a objeciones e invectivas judías; y a proporcionar armas retóricas a sus compañeros cristianos. Este punto de vista es reciente, pero está ganando terreno entre los estudiosos.

Aducir una prueba real de esta opinión es, por supuesto, imposible en este texto. Pero algunas observaciones pueden servir para demostrar que es factible. En primer lugar, nos parece extraño que Jesús en este evangelio sea tan agudamente antagónico a los "judíos" en general, como se los llama aquí, sin distinción de personas o de sectores; incluso los fariseos y escribas no merecen mención. Es siempre la expresión general "los judíos". Suena extraño que sea un relato histórico. El autor escribe así porque por estos "judíos" tiene en mente el judaísmo de su tiempo. Pero la prueba adecuada radica en los discursos mismos. Los judíos le dicen una vez a Jesús (10,33): "Te apedreamos por blasfemia y porque tú, siendo hombre, te haces Dios". En la vida real de Jesús no podríamos entender un discurso de ese tipo, porque presupone que Cristo es en sentido sobrenatural, en un sentido doctrinal, el Hijo de Dios. Solo de esta manera los judíos podrían encontrar la

blasfemia en este nombre. Comienzan por el hecho de que hay un solo Dios, y si un ser humano se convierte en un ser divino, entonces parece ser una blasfemia. Pero ahora lo que Jesús dice posteriormente apunta a demostrar que Jesús, sin embargo, podría llamarse Dios y el Hijo de Dios, como se puede ver en las Escrituras, que también designan a los hombres como dioses. Tenemos en esto, entonces, la defensa del Evangelista. **En muchos pasajes notamos que los judíos decían que Cristo no podía salvarse a sí mismo de la muerte. A esto, el autor responde con la idea de que Cristo fue voluntariamente a Su muerte (18,67).** Esta tendencia es especialmente clara en las palabras que se ponen en la boca de Jesús (10,18): "Nadie me quita la vida; yo la dejo, y tengo poder para dejarla y tengo poder para tomarla de nuevo ". Esto es así también en el caso de las palabras dirigidas a Pilato: "Tú no podrías tener ningún poder contra mí, a menos que te fuera dado de arriba" (19,11). Los "judíos" adujeron la traición de Judas Iscariote: ¿podría ser elegido ese discípulo por alguien que fuera omnisciente? El autor responde a esto mostrando cómo Jesús predijo repetidamente esta traición (6,70; 13,18; 21,ff.), Y también por el hecho de que Jesús dijo: "Sé bien a quién he elegido" (13,18). Desde el punto de vista de Juan, los milagros son de especial importancia, ya que son para él pruebas de la omnipotencia de Cristo, y él los relata como tal. Es igualmente característico que Juan el Bautista solo sea honrado como testigo de Jesús. En conjunto, el evangelio habla a través de testigos y testimonios de manera muy concebible; porque en un caso como el que conduce contra sus oponentes, se necesitan testigos. De esta manera, todo el evangelio está impregnado de referencias a este antagonismo, y solo cuando prestamos atención a esto en la exposición, podemos comprender realmente sus enunciados.

¿Quién fue el autor de esta escritura única? No puede ser el apóstol Juan, el amado discípulo de Jesús. Además, el evangelio en ninguna parte afirma que este es el caso. Ciertamente habla de un discípulo a quien Jesús amaba, que parece ser considerado como parte de alguna relación especial con el evangelio, pero aún caben dudas de que se refiera a Juan, el hijo de Zebedeo. Estas preguntas sobre lo que dice el evangelio acerca de sí mismo y del discípulo a quien amaba Jesús constituyen un problema especial y nada fácil. Debo pasarlo por alto sin consecuencias ya que para decidir si el apóstol Juan escribió este evangelio, la respuesta a esas otras preguntas no es determinante. **La decisión de que no puede originarse con el apóstol queda fuera de toda duda por propia evidencia interna: la naturaleza del evangelio mismo. Sobre esto, el mundo teológico científicamente imparcial está unido en opinión, y con frecuencia los jóvenes especialistas que creían que podían demostrar la autoría juanina fueron obligados más tarde por los hechos a cambiar de postura.**

Creo que mediante investigaciones hemos descubierto toda una serie de pruebas sobre esta cuestión. ¿Es probable que el apóstol Juan no solo haya usado los sinópticos, sino que haya distorsionado los relatos de éstos en una dirección no histórica? ¿Es probable que los sinópticos, que no eran apóstoles, hayan preservado las palabras originales de Jesús, y que Juan le haya atribuido discursos cuya idea central es el dogma de la Iglesia de Cristo como el Hijo de Dios? ¿Es probable que el testigo presencie narraciones intensas de los milagros, mientras que los no testigos oculares se refieran a los más simples? ¿Representarían las circunstancias en Palestina más claramente que el apóstol? ¿Es probable que la narrativa más gráfica de los sinópticos sea la posterior, y la menos gráfica de Juan, el más viejo? Y en general, es probable que el Cristo trazado en este evangelio — que manifiesta apenas características humanas; que es puramente una imagen de maravilla; en donde por todas partes brillan los rayos de omnipotencia y omnisciencia; que en todas partes pone énfasis en su origen divino— sea preferible históricamente a su forma humana, la que en los sinópticos, aunque a menudo velada, brilla claramente con su peso profético y su grandeza, y su simpatía por los despreciados, perdidos y enfermos?

No, aquí solo cabe una opinión —hay bastantes razones para ello.— **Este trabajo es obra de un tiempo posterior, y creerlo anterior al comienzo del siglo II o, más aun, a fines del primero, no es concebible. Ciertamente, en esto contradecimos el juicio de la Iglesia que ha prevalecido**

durante tantos siglos, y también la opinión sostenida por la Iglesia ya desde fin del segundo siglo. Porque entonces se pensó que Juan fue de Palestina a Asia Menor y se desempeñó en una posición de autoridad hasta una gran vejez, y escribió su evangelio hacia el final de su vida. Cómo puede explicarse esta tradición es una pregunta que no debe incluirse ahora. Todavía puedo señalar que la investigación en general ha impugnado a menudo la idea de que el apóstol Juan vivió tanto tiempo, y en Asia Menor. Se dice, por el contrario, que Juan murió temprano, como su hermano Santiago, la muerte de un mártir. La antigua tradición surgió a través de una confusión con el otro Juan, el llamado Juan el Presbítero, cuya existencia en Asia Menor no admite dudas. Hay razones relevantes para esta afirmación. De hecho, incluso en nuestro Marcos hay un pasaje que parece presuponer la muerte del apóstol Juan como un mártir. Porque cuando Jesús le dice a Juan, y a su hermano: "De verdad beberás la copa que yo bebo", esta profecía, como otras del mismo tipo, parece haber tenido su origen en la muerte por martirio, que ya había sucedido. Todavía este punto permanece indeciso. El problema así presentado es peculiar y complicado y aún no se ha aclarado. Mucho menos se puede considerar probada la hipótesis reciente que pretende que el autor del evangelio fue Juan el Presbítero.

El resultado es que este evangelio, aunque contiene porciones de una tradición sólida, es muy poco útil para conocer la vida real de Jesús. Pero esto no significa que no tenga ningún valor. Su valor histórico es bastante considerable. Es una fuente muy importante de conocimiento del desarrollo de la enseñanza de la Iglesia y de la relación del cristianismo con el judaísmo. Y como producto literario, es una de las creaciones más espléndidas del cristianismo primitivo. Un cristiano entusiasta por su fe, convencido de haber captado las intenciones de su Maestro y de representarlo correctamente, ha revestido sus nobles pensamientos en la forma de una narración sobre Jesús, que le da a estas ideas un mayor impacto y vivacidad que si hubiera escrito un manual de instrucciones o un tratado, con la certeza de que está reflejando la mente de su Maestro y presentando un verdadero retrato de Él. Por supuesto creo que **hoy debemos asignar a los escritos mucho más simples y menos teológicos de sus predecesores, los sinópticos, un valor mucho más elevado. Porque seguramente la cristiandad tiene que agradecerles por lo mejor que posee: la imagen, aunque frecuentemente oscurecida, de la personalidad humana de Jesús,** y el conocimiento de una gran porción de sus palabras llenas de espíritu y vida, llenas de poder, profundidad, y simplicidad.

III

LOS OTROS LIBROS DEL NUEVO TESTAMENTO

Los dos grupos de escritos del Nuevo Testamento que he tratado hasta ahora —las trece epístolas que llevan el nombre de Pablo y los cuatro evangelios— sin duda incluyen los libros más importantes del Nuevo Testamento. Sin embargo, los diez escritos adicionales aún no discutidos presentan a nuestra consideración un material tan rico e interesante. Si queremos en cierta medida agotarlo, parece aconsejable ir al grano. Todavía tengo que cumplir también la promesa dada al principio, de esbozar brevemente cómo las escrituras separadas fueron gradualmente incorporadas en una colección de importancia canónica, en un canon del Nuevo Testamento.

El primer libro a considerar es el que está más cerca de los evangelios por su carácter de narración y también de su autor. Me refiero a LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES, que sin duda es el trabajo de la misma persona que escribió nuestro tercer evangelio, San Lucas.

En el último capítulo mencioné que existían más de cuatro evangelios, y que esta literatura especial del evangelio tuvo una difusión bastante amplia. Lo mismo vale para los Hechos de los Apóstoles. El título griego del libro significa con precisión actos o hechos de los apóstoles. En consecuencia, había libros titulados Hechos de Pablo, de Pedro, de Andrés, de Tomás, también producidos bajo el nombre de "Viajes" o "Milagros" de este o aquel apóstol. En la Iglesia, estos fueron frecuentemente valorados como libros de lectura edificantes, particularmente entre las clases menos educadas, debido a sus milagros, pero en cuanto a su valor como fuente de información, ninguno de ellos puede remotamente compararse con los Hechos de los Apóstoles del Nuevo Testamento. ¿Pero fue Los Hechos de los Apóstoles el primer ejemplo de este tipo? No podemos decirlo de manera positiva; puede haber tenido predecesores. Por supuesto, las fuentes disponibles no nos dan derecho de aseverarlo.

Sea como fuere, estimamos que esta clase de literatura de Hechos de los Apóstoles no surgió hasta que ya existían evangelios. Debe ser considerado como una especie de broche de cierre, o una rama menor, del evangelio. Los Hechos de los Apóstoles fueron escritos cuando los apóstoles ya estaban rodeados de un halo de mayor santidad que el que tuvieron en vida; cuando ya se tomaba un interés religioso especial en las personas y las obras de los apóstoles, considerados como los testigos clásicos de Cristo y los representantes clásicos del cristianismo; en otras palabras, cuando el término apóstol ya tenía una coloración dogmática. Hasta cierto punto, los apóstoles ahora aparecen como hombres listos para completar o continuar la enseñanza de Cristo. Entonces, por así decirlo, la historia de los apóstoles es la finalización y la continuación de la historia del Evangelio, y los libros que hablan de los apóstoles son una especie de continuación de los libros que se relacionan con Cristo y, al mismo tiempo, los presuponen. La ligazón de nuestros Hechos de los Apóstoles con el Evangelio de Lucas nos permite entender la naturaleza real de la relación. Hay dos libros pero en el fondo solo uno, un trabajo doble, un edificio con pisos. Al comienzo de los Hechos de los Apóstoles, el autor dice: "Mi anterior tratado, oh Teófilo...". En el "tratado anterior", él habló de Jesús, su vida y su enseñanza, y presenta de esta manera el segundo libro como una parte más de su obra completa.

El nombre "Hechos de los Apóstoles" nos lleva a esperar algo diferente de lo que realmente encontramos en el libro. La mayoría de los apóstoles apenas son mencionados y, aparte de algún detalle sobre el resto, solo dos desempeñan una parte conspicua; en la primera parte Pedro, en la segunda casi exclusivamente Pablo. Además de ellos, algunos otros aludidos no pertenecían propiamente al círculo apostólico: Esteban el primer mártir; Felipe el Evangelista, activo en Samaria, y Bernabé, por un tiempo el compañero de Pablo. Por lo tanto, se supone que el autor no

tenía la intención de escribir una historia de los apóstoles, y su plan se ha definido de varias maneras. Por ejemplo, se ha dicho que, de hecho, su objetivo era registrar la difusión del Evangelio desde Jerusalén a la ciudad principal del mundo, Roma, porque el libro concluye con el encarcelamiento de Pablo en Roma. Esto es verdad. Es cierto que el autor tiene la intención de narrar una historia alegre, una historia de victoria y triunfo. Pero su método no es adecuado: el autor no enseña realmente cómo llegó el Evangelio a Roma, sino solo cómo llegó Pablo a estar allí como prisionero. Y en la primera parte de su obra relata mucho que no tiene nada que ver directamente con esta difusión del Evangelio, por ejemplo, sobre el estado de la Iglesia en Jerusalén.

Una fase anterior de la crítica buscaba llegar a la solución por un camino diferente. Los críticos que siguieron al famoso profesor de Tubinga Ferdinand Christian Baur consideraron que Lucas persiguió en su trabajo un objetivo definido: su plan era apaciguar y conciliar el antagonismo entre los cristianos judíos y los cristianos gentiles convertidos por el ministerio de Pablo, un antagonismo que estos doctos profesores consideraron extremadamente profundo. Lucas lograría esto al hacer su imagen del apóstol de los judíos, Pedro, intencionalmente similar a la del apóstol de los gentiles, Pablo. Hubo motivos para apoyar esto, ya que muchas características similares se encuentran en la representación de Pablo y Pedro. Ambos despiertan a los muertos, ambos realizan milagros en el castigo, ambos tienen que combatir a un hechicero, ambos son maravillosamente liberados de la prisión, y más cosas similares. Pero en la actualidad, esta idea es reconocida como insostenible. El método de la narración de los Hechos es demasiado simple e ingenuo para ser un libro con ese tipo de planificación. **Y las marcadas similitudes entre las imágenes de Pedro y de Pablo no se explican por ningún esquema, sino que son en parte accidentales, y en parte se deben al hecho de que el autor (Lucas) no tenía conocimiento claro de las diferencias entre los dos hombres.**

Sin embargo, el nombre "Hechos de los Apóstoles" sigue siendo la mejor designación del carácter del libro. Si el autor habla en detalle solo de dos apóstoles, esto se explica, por un lado, por el hecho de que solo estos dos eran realmente de especial importancia, y por el otro, que sus tradiciones y fuentes solo dieron información completa sobre estos dos. Del resto Lucas no tenía conocimiento. Afortunadamente, no le vino a la mente reemplazar su falta de información con sus propias fábulas, como los autores de posteriores Hechos de los Apóstoles. Sin embargo, en un aspecto aún es posible hablar de un cierto diseño en su método de tratamiento. El autor busca en su narrativa defender de diversas maneras al cristianismo contra el reproche de ser un peligro para el Estado. Por ejemplo, enfatiza cómo los judíos representan a Pablo y sus asociados como rebeldes, como agitadores peligrosos para el Estado, y cómo los oficiales romanos testifican de la inocencia del apóstol y sus compañeros. Sin embargo, esto es solo un propósito subordinado ocasionalmente seguido, y el carácter de todo el libro no está definido por esta afirmación.

En el Evangelio de Lucas reconocemos claramente que el autor usó diferentes fuentes; sus propias declaraciones apuntan a eso. Es natural pensar que actuó de manera similar en sus Hechos de los Apóstoles, y la investigación lo confirma, al menos hasta cierto punto. Una fuente se revela muy claramente en la segunda parte del trabajo. En el capítulo 16, nuevamente en los capítulos 20 y 21, y finalmente en el capítulo 27 y en el comienzo del capítulo 28, de repente aparece un cambio de la tercera persona a la primera, y comienza a decir acerca de Pablo y sus compañeros, "*estábamos yendo,*" "*nosotros*" hicimos esto y aquello, y Lucas hace eso sin dar explicación de este cambio. Importantes razones son adversas a la idea de que el autor del libro fuera el testigo presencial que habla en estas secciones de "nosotros". Debe de haber incorporado aquí en su trabajo información de alguna fuente, por lo que, literalmente, también adoptó el "nosotros" del original. Esta fuente de "nosotros" solo puede ser un compañero real de Pablo, a juzgar por la notable intensidad del relato y la precisión con que se especifican las etapas en los viajes y las localidades. El boceto en sí, aunque no debe ser considerado como un diario escrito en el momento y lugar, debe de haber sido hecho cuando la memoria de los hechos aún estaba fresca en el autor. Debe de haber contenido más que estos pocos elementos, que no forman una narración realmente interconectada. Y así surge

espontáneamente la suposición que muchos han sostenido, que el autor extrajo de esta fuente para otras partes del capítulo 16 en adelante, aunque menos, y con más cambios.

Recientemente, se ha estado buscando celosamente fuentes también para la primera parte. El hecho de que el autor también las haya tenido es fácil de creer, aunque no parece que los intentos de identificarla hayan dado resultado. No podemos aun separar los diversos constituyentes de las fuentes. Y en ningún caso pueden estas fuentes —o posiblemente tradiciones orales— ser valoradas tanto como las secciones donde se habla de "nosotros". Esta cuestión de las fuentes nos lleva a un problema principal y final: ¿cómo debemos juzgar el valor histórico de los relatos de este libro?

La respuesta resulta ser muy diferente a lo largo de las partes individuales del libro. Los discursos que el autor atribuye a Pedro, Pablo, Esteban y otros se deben considerar por separado y por sí mismos. Hay una razón para eso. Son de un sello diferente de los discursos de Jesús en los evangelios sinópticos, los que están evidentemente compuestos de refranes transmitidos o incluso fragmentos aún más pequeños. Los discursos de los Hechos de los Apóstoles son, por el contrario, comentarios relacionados con ideas definidas sobre la muerte, la resurrección de Jesús y otros temas. La impresión inmediata que obtenemos es que estos elaborados discursos no pueden haber sido transmitidos de memoria. Incluso teniendo las tradiciones como base, no revelan un proceso de gradual elaboración, al menos no en general. Son más bien material propio del autor. Esto se puede ver en las repetidas peculiaridades estilísticas, y también por signos tales como que la misma forma de prueba se pone en la boca de Pablo que en Pedro; o que Esteban cita la historia del Antiguo Testamento de manera análoga a los discursos de Pablo. Se pueden esperar adiciones de ese tipo a los discursos libremente reunidos a partir de los usos literarios del período. Es decir, está de acuerdo con el estilo de los historiadores antiguos ocasionalmente atribuir discursos a sus héroes, que son adornos oratorios para su relato y no documentos históricos; los historiadores Livio y el griego Tucídides son conocidos por haberlo hecho. No podemos sorprendernos de que nuestro autor también haya utilizado el mismo método, porque su evangelio lo ha mostrado más familiarizado con los usos literarios de su tiempo que la mayoría de los otros escritores del Nuevo Testamento. Estos discursos de los Hechos de los Apóstoles tienen su valor, no porque nos instruyan en las ideas de Pedro o Pablo, sino porque reflejan los puntos de vista personales del autor.

El grado de credibilidad de los relatos históricos es muy diferente en los primeros doce capítulos (y en el decimoquinto) que en la segunda parte del libro. Una rápida observación muestra que la información sobre los comienzos de la Iglesia en Jerusalén y su primera diseminación desde Jerusalén es, cuando menos, muy incompleta. Y lo que el autor nos dice tiene en parte indicios de ser legendario.

También está claro que el autor solo tenía una idea muy vaga de las circunstancias reales del período apostólico. Según su relato, Pedro había reconocido desde el principio que el cristianismo era para los paganos, libre de la ley judía, con la misma claridad que Pablo. Sin embargo, eso no es posible, ya que la Epístola a los Gálatas nos enseña inequívocamente que, al principio, Pedro estaba muy alejado de la actitud libre de Pablo. Al mismo tiempo, sin la primera parte de los Hechos de los Apóstoles, no sabríamos nada acerca de algunos sucesos valiosos, incluso si a menudo fueran solo noticias sueltas, como, por ejemplo, que Bernabé entregó todas sus posesiones para el bien de los pobres; que en Jerusalén siete, cuyos nombres se dan, fueron designados como guardianes de los pobres; que una Iglesia Cristiana Gentil se formó por primera vez en Antioquía —las tradiciones similares soportan la prueba más aguda, y si la historia de Esteban probablemente está muy representada según el patrón de la historia de la pasión de Jesús, en la base hay un núcleo histórico. Esteban realmente fue el primer mártir de su fe, y su asesinato dio lugar a una dispersión de los creyentes en Jesús que llevó el Evangelio a regiones más amplias. Desde el punto de vista histórico, la segunda parte del trabajo se debe estimar mucho más; nos habla de los viajes y las fortunas de Pablo. Por supuesto, también aquí hay partes donde los hechos ya no se presentan de forma muy

vívida o delatan un método mecánico de presentación. Pero, en general, es imposible sobreestimar el valor de esta parte. Es solo esta narración conectada lo que realmente nos permite asignar los datos dispersos en las epístolas paulinas a los lugares a los que pertenecen, y ponerlos aproximadamente en orden cronológico. Las secciones "nosotros" hacen, sin lugar a dudas, el clímax del todo. Por ejemplo, la descripción del viaje de Pablo y del naufragio antes de su llegada a Roma es una verdadera obra maestra de descripción exacta, que conecta los hechos con los hechos y proporciona evidencia en cada detalle de la observación personal. Quien medite a fondo en los capítulos 27 y 28 lo reconocerá sin dificultad. Además, Pablo, el gran apóstol, aquí se acerca mucho al lector de una manera llamativa y comprensiva. Obtenemos la clara impresión de que él es el único que en el gran peligro que amenaza a la nave y su tripulación no pierde la cabeza, quien por el estilo superior de su porte, por su reposo y su racionalidad, deja una impresión sorprendente incluso en los paganos.

El autor no da su nombre en este libro más que en el tercer evangelio. La tradición lo llama Lucas, el compañero de viaje y discípulo de Pablo, pero no hay una opinión unánime entre los críticos sobre si esta tradición es correcta. Muchos juzgan que un compañero confidencial de Pablo no podría haber escrito mucho de lo que está en este libro, ya que está demasiado alejado de los hechos reales. Es muy concebible que Lucas escribiera las secciones "nosotros", y que esto explica la tradición que le asigna la autoría del libro. De acuerdo con esto, así como por otros indicios, los Hechos de los Apóstoles fueron escritos un poco más tarde que el Evangelio de Lucas, no antes del año 100, pero tampoco mucho después.

Junto a los Hechos de los Apóstoles clasificamos las **ocho epístolas** que contiene el Nuevo Testamento además de las epístolas genuinas y no auténticas de Pablo. Entre estos últimos, la más importante y, en muchos aspectos, la más importante es la EPÍSTOLA A LOS HEBREOS, y debe ser vista por separado. El contenido principal de este tratado es de estilo teórico y didáctico. El propósito del autor es exhibir la gloria de la revelación en Cristo, la grandeza y la dignidad del nuevo Pacto. Lo hace comparándolo con varias ideas e instituciones del Antiguo Testamento. Son discutidos Moisés, el sacerdocio del Antiguo Testamento, especialmente el sumo sacerdocio, los sacrificios del Antiguo Testamento y otros temas, y en todas partes se muestra cómo estas son solo sombras y arquetipos de todo lo que se realizó en Cristo. Él es el verdadero sacrificio. Él es el verdadero Sumo Sacerdote, el eterno Sumo Sacerdote, autor de la redención eterna. No es de extrañar que para el lector moderno estas comparaciones parezcan extremadamente extrañas, y con frecuencia también difíciles de entender: todos estos usos sacrificiales, estas declaraciones concernientes al sumo sacerdocio que luego fueron usadas para la explicación e ilustración de la religión cristiana necesitan explicación e ilustración ahora, porque para el lector moderno provienen de una fuente demasiado remota. Sin embargo, estas disquisiciones casi eruditas del autor sobre la relación entre el antiguo y el Nuevo Pacto no son lo único que contiene la epístola. También incluye una poderosa piedad práctica, ya que, por ejemplo, podemos leer sobre la firmeza y la paciencia cristianas o sobre la tribulación como disciplina y educación divinas.

El título "para los hebreos" añadido más tarde lleva al lector por mal camino, porque el tratado no está dirigido de ninguna manera a los palestinos, ni se escribió simplemente para los cristianos judíos. Parecía serlo porque se habla mucho de la fe judía, pero se está comenzando a reconocer que, de hecho, no hay nada que apunte a los lectores judíos de nacimiento. El autor nunca habla de las leyes y usos judíos de su tiempo, y guarda total silencio acerca del Templo; él solo está pensando en el texto del Antiguo Testamento, y entre los gentiles había interés en ese texto. Pero si advierte contra la apostasía, no se deduce que suponga que sus lectores estaban dispuestos a volver al judaísmo; simplemente tiene en mente lo que trajeron esos tiempos de persecución, es decir, el peligro de rendirse y negar la fe cristiana.

La persona del autor es desconocida para nosotros. En Oriente, en un período inicial, Pablo

fue considerado como el autor, pero por muchas razones no puede haber escrito esta epístola.

Una tradición occidental, de alrededor del año 200 nombra a Bernabé como el autor. Esto es, por supuesto, solo una conjetura que me parece improbable. Lutero propuso a Apolos, mencionado en 1er Corintios y en los Hechos de los Apóstoles. Otros mencionan a Lucas o Silas. Todas son hipótesis. Muy recientemente Harnack argumentaría que Priscilla, frecuentemente mencionada en el Nuevo Testamento, fue la autora. Pero esta idea no ha recibido aprobación, incluso ha sido refutada; de hecho, el tratado no suena a la carta de una dama. Debemos conformarnos con no saberlo. Pero puede afirmarse absolutamente que el autor debe de haber sido un cristiano altamente educado, no solo por su extraordinario conocimiento del Antiguo Testamento y la forma magistral en que lo usa, sino también por su estilo y toda su actuación. La Epístola a los Hebreos exhibe el mejor y más elegante griego de todos los libros del Nuevo Testamento. También hay claros indicios de que el autor tenía formación literaria y oratoria. Podemos suponer que fue un maestro distinguido en una iglesia y educaba a los creyentes con sus discursos. Pero algo más podemos afirmar de él con certeza, de interés peculiar para la ciencia teológica. Existía, por así decirlo, en ese día un doble tipo de judaísmo. Uno es un judaísmo representado por los fariseos y los escribas de los evangelios; un judaísmo sujeto firmemente a la ley de ceremonias y las numerosas adiciones a ella, hechas por rabinos, completamente impregnadas por la idea de un Israel elegido, y de fronteras adentro, con sede en Palestina. Fuera de esto, en la Diáspora había surgido otro judaísmo, en el cual sus peculiaridades fueron suavizadas y fuertemente modificadas; que, propiamente hablando, tenía en común con el judaísmo genuino solo una creencia en un solo Dios, en la moralidad y el reconocimiento del Antiguo Testamento, pero por lo demás ampliamente abierto a la influencia de la cultura griega, que prevalecía en el mundo, y que por lo tanto usualmente se lo llamaba judaísmo helenístico. Alejandría, entonces un centro de cultura del primer rango, fue la sede más importante de la propagación y el cultivo de este judaísmo helenístico. Y aquí vivió aproximadamente en el tiempo de Jesús el filósofo y politólogo judío Filón, y en él las ideas filosóficas de los griegos se mezclaron con los elementos del judaísmo de una manera particularmente única y característica.

Vemos claramente que el autor de nuestra Epístola a los Hebreos había respirado el aire de esta filosofía o teología alejandrina, y probablemente también había leído las obras de Filón. La especialidad de su epístola consiste en parte en unir esas ideas con su fe cristiana. Ciertamente, sus ideas no son propiamente filosóficas; su fe es esencialmente la fe de los cristianos contemporáneos. Pero el tono de sus pensamientos muestra la influencia alejandrina. Por ejemplo, hace aseveraciones similares a Filón sobre el logos divino de la "razón cósmica" que, por así decirlo, forma el puente entre Dios y el mundo. La creencia de que el autor escribió su epístola para los cristianos de Jerusalén ha sido abandonada; la mayoría piensa que fue concebida para cristianos en Roma. No comparto esta opinión; debo pensar que este texto no es una carta, sino un tratado erudito y edificante. Solo el último capítulo tiene forma epistolar —aunque no hay ningún destinatario— pero incluso aquí, a mi juicio, la terminación epistolar es meramente formal, simplemente una redacción similar a la que hemos señalado en el caso de las falsas epístolas de Pablo. Al final hay una observación sobre la liberación de Timoteo y también la del autor mismo. Estas declaraciones y también algunos otros puntos yacen muy cerca de la idea del encarcelamiento de Pablo. Estoy dispuesto a conjeturar que el autor deseaba cerrar su epístola al estilo de Pablo. La fecha se debe poner, como muy pronto, en los años AD 85-95. No puede caer más tarde, ya que una epístola fechada en los años 96-98 —de la Iglesia Romana a la de Corinto, que todavía poseemos bajo el nombre de la Primera Epístola de Clemente— hizo uso de la Epístola a los Hebreos.

Las siete epístolas menores, que, además de las ya mencionadas, aún deben examinarse, forman un grupo dentro del Nuevo Testamento, y generalmente se clasifican juntas bajo un nombre común. Para emplear, antes que nada, los nombres usuales, nos interesan aquí las dos epístolas de Pedro, la Epístola de Santiago, la de Judas y las tres epístolas de Juan. La designación común de estas es las EPÍSTOLAS CATÓLICAS. No debemos pensar aquí en la enseñanza "católica" o en la Iglesia "católica". La palabra católica, que significa universal, significa que esas cartas no estaban dirigidas

a una iglesia en particular, sino a toda la Iglesia, o que el documento "católico" pretende ser una carta circular.

De hecho, una mirada a los saludos de apertura de estas cartas nos muestra que por este título "católico" se resume una peculiaridad de la mayoría de estas cartas. La Epístola de Santiago, por ejemplo, está dirigida a las doce tribus dispersas en el extranjero, es decir, a toda la cristiandad que se extiende por el mundo. Similarmente generales son los saluciones en la Segunda Epístola de Pedro y la Epístola de Judas; la Primera Epístola de Pedro enumera en el saludo al menos una multitud de grandes provincias en las que se pueden encontrar sus lectores. Solo en el caso de las tres epístolas de Juan hay circunstancias especiales. La Primera Epístola de Juan no tiene ninguna dirección en absoluto, pero podría parecer fácilmente una carta circular. La segunda de Juan está dirigida a una "dama elegida" y a sus hijos; la tercera a un tal Gayo. Por el momento no vamos a considerar estas tres cartas juaninas. En las otras cuatro, en cualquier caso, reconocemos fácilmente que la inclusión del saludo no es simplemente una marca externa de las cartas, sino que nos da una clave inmediata del contenido. Las cartas dirigidas a toda la cristiandad o a provincias más allá del imperio germánico nunca podrían ser entregadas: en otras palabras, no son cartas reales destinadas a un público definido, sino escritos que solo asumen la forma de cartas, y por lo tanto, por así decirlo, epístolas literarias, discursos, exposiciones sermónicas o, como 1 Pedro, panfletos con forma de cartas. A esta idea corresponde el contenido de las epístolas. Las cartas genuinas de Pablo muestran muchas alusiones a circunstancias concretas, personas definidas, acontecimientos especiales. Esas alusiones no existen aquí. Los únicos temas que se abordan son los que interesan a toda la cristiandad, ya sea el alzamiento de los falsos maestros o los peligros derivados de la persecución de los cristianos. Ya hemos explorado tales tratados, por ejemplo, la Epístola a los Hebreos y también a los Efesios, o las epístolas a Timoteo y Tito.

Esta peculiaridad de los documentos, esta certeza de que no son propiamente cartas, conduce a la presunción adicional de que todo lo que pertenece a la forma epistolar es, de hecho, mera forma; en otras palabras, que realmente no se originan en apóstoles cuyos nombres llevan. Son producciones seudónimas; los expertos objetivos coinciden hoy en eso. Solo que debemos recordar nuevamente que esa autoría seudónima, según las nociones de la época, no era simple falsificación. De hecho, ya hemos visto que esta era una práctica generalizada de ese período, que solo debe juzgarse de acuerdo con sus ideas especiales; los propios autores, no eran de la opinión de que fueran culpables de falsificación cuando publicaron sus tratados bajo el nombre de Pedro o Juan, y de esta manera les aseguraban un mayor respeto. Si no estamos completamente engañados, el hecho de que las verdaderas epístolas de Pablo existían entonces, y se difundieron rápidamente en la cristiandad, fue el incentivo para que los cristianos posteriores comenzaran a dirigirse a la Iglesia en la misma forma que lo había hecho el gran apóstol.

Un examen más detallado de las diversas epístolas confirma en gran medida la idea de que los nombres de los autores en los saludos no nos informan de los autores reales. Esta opinión fue muy temprana y prevaleció más comúnmente con referencia a la SEGUNDA EPÍSTOLA DE PEDRO. Esta epístola fue escrita para oponerse a aquellos que sostenían que el regreso profetizado y esperado de Cristo no había sucedido, que todo había permanecido como lo había sido en los tiempos de los padres; y que, por lo tanto, era una locura esperar más el segundo advenimiento del Señor. Esto ciertamente nos planta en un período posterior, porque en los primeros días la esperanza en la venida de Cristo era vívida. A esto debe agregarse que un capítulo de esta epístola es casi en su totalidad una copia y repetición de la corta Epístola de Judas. **LA EPÍSTOLA DE JUDAS es un fuerte ataque contra ciertos falsos maestros de quienes hablamos en conexión con las epístolas pastorales de Timoteo y Tito —los gnósticos— cuyo pensamiento amenazaba con disolver la cristiandad y que se mezcló con todo tipo de extrañas especulaciones que además pusieron en peligro la moralidad cristiana porque mantenían que a aquellos que tienen verdadero "conocimiento" —este es el significado del nombre Gnóstico— todo les es permitido, lo que**

sea que hagan o permitan. Este gnosticismo era probablemente el enemigo más peligroso de la Iglesia desde principios del siglo II, y tanto más peligroso cuanto que no estaba fuera de la Iglesia, sino que afirmaba ser cristiano, y con frecuencia tenía sus raíces firmemente arraigadas en la Iglesia. **Durante largas décadas el principal problema de la Iglesia fue este conflicto, que dio origen a esta breve Epístola de Judas, que probablemente no fue escrita antes de los años 110 a 140 d. C. Si la Segunda Epístola de Pedro la copió, entonces debe de haberse originado un poco más tarde.** Hay otro hecho a favor de esto: la epístola de Pedro menciona un gran número de epístolas de Pablo, y por la manera en que el autor habla de estas cartas advertimos que ya las considera como una especie de escritura sagrada. **En consecuencia, su composición antes del año 150 es bastante improbable, y muy posiblemente la epístola aparezca un poco más tarde. Tenemos aquí, por lo tanto, muy probablemente la última porción del Nuevo Testamento, de tal vez unos 100 años después que la primera, la Primera Epístola a los Tesalonicenses, fuera escrita.** Es digno de notar que esta epístola busca clara y diligentemente despertar la impresión de que Pedro fue en realidad el autor. Por ejemplo, el escritor afirma que fue un testigo presencial de la transfiguración de Cristo.

La PRIMERA EPÍSTOLA DE PEDRO es ciertamente más antigua, y, podemos agregar, una escritura de mucho mayor valor religioso. El hecho más importante para nuestro conocimiento de esta epístola es que **el autor vivía en un período en el que los cristianos** eran severamente amenazados desde el exterior. Una nube se había acumulado sobre sus cabezas: **eran perseguidos solamente por ser cristianos,** y no solo sufrían burlas, calumnias y hostilidad de los paganos, sino que, como podemos ver en la epístola, el gobierno pagano interfería, llevaba a los cristianos ante sus tribunales y los amenazaba con consecuencias penales. Es esta situación la que le da al texto un tono que se extiende a casi cada oración. El autor, a la vista de los sufrimientos, señala la gloriosa esperanza del cristiano, que promete una gran recompensa para esta leve aflicción presente; pero no solo hace eso: se preocupa por recordar a sus hermanos que les incumbe desarmar a sus enemigos con una vida intachable, y así convencerlos de su mala conducta. Además, deben mostrar a las autoridades toda obediencia, para no irritarlos. El autor aparece así como un hombre que, por muy firme que sea su fe, juzga su época con sentido común, y sabe cómo aconsejar a los cristianos según sus mejores intereses; un hombre en quien el poder de la fe y la esperanza y la convicción moral se mantienen en equilibrio. **Ahora bien, la persecución de cristianos tan generalizada y extendida no ocurrió en vida de Pedro. Ciertamente por esto, pero también por otras razones, Pedro no puede ser el autor de esta epístola. Un período de persecución como el que presupone la epístola no puede haber ocurrido hasta los últimos días del reinado del emperador Domiciano, que reinó en los años 81-96 A.D., y luego posteriormente, durante el reinado del más famoso Trajano, 98 a 117 A.D. La Primera Epístola de Pedro probablemente fue escrita en uno de estos dos reinados.**

La EPISTOLA DE SANTIAGO exhibe un personaje esencialmente diferente. La personalidad del autor retrocede a un segundo plano. Lo único que nos recuerda que el panfleto pretende ser una epístola es el saludo y la expresión frecuentemente recurrente, "Hermanos". Ni siquiera hay una conclusión epistolar. En cuanto al contenido, se trata de una exposición homilética, llevada a cabo en forma epigramática. La idea central es que el cristianismo debe ser probado por la acción y las buenas obras, y que una fe sin ellas es solo una pretensión vana y hueca. Lutero juzgó el documento desfavorablemente, y lo llamó "epístola de paja". Ese juicio es injusto. Lutero midió la epístola desde la perspectiva de la doctrina paulina de la justificación por la fe, y como no representa esta enseñanza y es fácil disentir de algunos de sus contenidos, él no simpatizó con ella. Sin embargo, **debemos reconocer que el autor proclama de manera digna, y con frecuencia incluso nerviosa y concisa, un cristianismo práctico. Por otro lado, Lutero tenía toda la razón cuando supuso que esta epístola no fue escrita por un apóstol, sino por algún buen cristiano piadoso. Uno de los que conocemos con el nombre de Santiago no puede ser el autor: ni uno de los dos apóstoles de ese nombre, ni el más famoso hermano del Señor,** que, con la mayor probabilidad,

sería el destinatario del saludo. Hay muchas razones para creerlo. Para ser un habitante de Jerusalén, el autor ciertamente escribe en un griego demasiado bueno. También es posible demostrar que había leído la Primera Epístola de Pedro. Además, él no se opone realmente a Pablo mismo, sino probablemente a quienes excusaban los defectos de su moralidad mediante la enseñanza paulina de la justificación por la fe; y de la ley de libertad habla de una manera similar a los escritores del siglo II. Por lo tanto, puede pertenecer al segundo siglo. **Probablemente escribe en el período comprendido entre el 110 dC y el 140 dC.**

En el comienzo del siglo II, pero probablemente algo antes que la Epístola de Santiago, están, finalmente, **LAS TRES EPÍSTOLAS DE JUAN. Sobre estas sólo algunos comentarios. La primera y más larga epístola es, sin duda, del autor del Evangelio de Juan, y las dos más cortas posiblemente también. Esto está diciendo de inmediato que el apóstol Juan no era el autor.** La primera epístola contiene muchos pensamientos hermosos, como que "Dios es amor" y que solo quien ama a su hermano y guarda los mandamientos de Dios participa en el amor de Dios. Al mismo tiempo, esto no es meramente predicación, sino también un tratado polémico, lo mismo que, como vimos, el Evangelio de Juan. Pero mientras el evangelio está dirigido contra el judaísmo hostil, la epístola tiene, por otro lado, que ver con los falsos maestros dentro del cristianismo, y, de hecho, también con los gnósticos; en particular con aquellos que sostenían que el Cristo que descendió de lo alto realmente no había reaparecido en la carne, y que solo era aparentemente idéntico a la persona histórica Jesucristo. La epístola no lleva el nombre del autor. Por otro lado, en las dos epístolas más pequeñas de Juan, sorprendentemente similar en estilo, ahí se encuentra la designación del otro: "el anciano o el presbítero". Muchos piensan que se refiere al Presbítero Juan que mencionamos, que vivió en Asia Menor, y le atribuyen tanto el Evangelio como también estas epístolas; otros creen nuevamente que también aquí la forma epistolar es solo por conveniencia.

Además de estas tres epístolas y el Evangelio de Juan, hay en el Nuevo Testamento otra quinta escritura que incluye el nombre de un "Juan" indeterminado, que no es nada probable que pueda ser el *apóstol* Juan. De acuerdo con su estilo y contenido, es extraordinariamente diferente de las otras escrituras de "Juan", por lo que para la mayoría esta claro que no se origina en el mismo autor. Estoy hablando de la **REVELACIÓN DE JUAN**, el último libro de nuestro Canon del Nuevo Testamento, el último que también debemos examinar.

Es un trabajo de la mayor peculiaridad, como todo lector inmediatamente siente; ninguno de los otros libros del Nuevo Testamento tiene afinidad con él. Solo los fragmentos de los evangelios que se refieren a los días finales, y algunos pasajes de las epístolas de Pablo respiran el mismo espíritu. Pero incluso ellos son diferentes en contenido a la Revelación. **La impresión principal para un lector moderno es la de una fantasía extraña y salvaje. Aquí aparece una imagen que nos parece tan ininteligible y curiosa como ninguna otra cosa en el Nuevo Testamento; de un dragón que con su cola "saca una tercera parte de las estrellas del cielo" y que persigue a una mujer celestial, que ha dado a luz un hijo, de caballos con pelo de mujer, de langostas que salen de un abismo, de un ángel que se traga un libro, del hijo del hombre que tiene siete estrellas en su mano derecha, de una bestia que se eleva del mar, con diez cuernos crestados en su cabeza y siete cabezas, de las cuales uno está mortalmente herido.** Lutero dijo: "Mi alma no puede reconciliarse con este libro", y la mayoría de los lectores de hoy comparten ese sentimiento. Solo van a aceptar algunos gloriosos y aislados mensajes, tales como, *"Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor: Sí, dice el Espíritu, porque descansan de sus trabajos, y sus obras los siguen"* (14,13), y además, tal vez, una sección más grande, las siete epístolas a las iglesias de Éfeso, Sardis, Laodicea, etc., que el profeta afirma haber recibido de Cristo resucitado por dictado, y en las cuales estas iglesias y su obra son juzgadas favorable o desfavorablemente (capítulos 2 y 3). **No, podemos decir sin exagerar que, excepto en los primeros días, este libro siempre ha sido uno para el cual sus lectores sintieron poca simpatía, y los teólogos menos que nadie. Solo para las sectas ha sido siempre un libro favorito, especialmente para aquellos que buscaban**

señales del fin del mundo; y en conjunto para aquellos cristianos cuya piedad asumió formas fanáticas, o a quienes el esoterismo de este mundo fantasmal alimentó su fantasía. La investigación histórica le ha dedicado un largo y vivo interés, tratando de penetrar su significado, sus muchos lugares oscuros y enigmas, y en los últimos siglos, con muchos problemas e ingenio, ha llegado a algo real. Ciertamente, hoy todavía estamos muy lejos de comprender todos los detalles, y el libro como un todo aun oculta muchos enigmas. Pero si alguna investigación honesta tiene resultados, está aquí. Hoy podemos acercarnos a este extraordinario libro a la inteligencia de los laicos y hacerlo aún más valioso. Aquí solo puedo intentar desarrollar algunos principios de especial importancia para comprenderlo.

De fundamental importancia es ver que este libro, tan anómalo como lo es en el Nuevo Testamento, en verdad no es, después de todo, absolutamente único. También pertenece a una especie distinta de literatura, especialmente extendida en muchos siglos. Viene como descendencia del judaísmo, de la genuina profecía israelita; un niño que, por supuesto, no exhibe el gran crecimiento del padre y, en muchos aspectos, deja impresión de artificialidad y degeneración, pero que aún ha conservado algo del antiguo espíritu profético. El primer libro de esta familia, el primer apocalipsis (es decir, "revelación"), que poseemos es el Libro de Daniel, que se originó entre los años 167 a 165 aC, que en el Antiguo Testamento se coloca entre los profetas (una clase a la que no pertenece propiamente), pero en cualquier caso fue una gran influencia para toda la literatura apocalíptica sucesiva. Nuestro autor apocalíptico del Nuevo Testamento ha tomado de este libro. Después de esto hay obras como el Libro de Enoc, la Ascensión de Moisés, el llamado Cuarto Libro de Esdras, el Apocalipsis de Baruc y otros. Este tipo de literatura se continuó directamente en el cristianismo. Nuestro apocalipsis no es el único ejemplo de este tipo; en un período muy temprano, el apocalipsis de Pedro fue famoso, del cual hace unos años se descubrió nuevamente un fragmento mayor, y finalmente los productos de esta literatura se extienden hasta la Edad Media. ¿Cuál es el propósito de estos libros? ¿Qué contienen? El nombre Apocalipsis o Revelación nos da una pista directa. Están destinados a impartir conocimiento de cosas ocultas, de misterios celestiales. A esto pertenecen muchas cosas diferentes, por ejemplo, preguntas que conciernen a la creación del mundo, pero en primer plano se encuentran los secretos del futuro. De inmediato queda claro que algunas necesidades religiosas reales encuentran expresión en estos libros, y muchas "Revelaciones" nos dan la impresión de que el único fin fue satisfacer esa curiosidad religiosa, quitar el velo de todas las cosas de las que el hombre no puede saber nada. Pero el núcleo real es de un tipo realmente más noble. Estos libros fueron en su mayoría escritos con una sensación de presión severa, y de un presente incómodo. La opresión del pueblo de Israel por los potentados paganos, el ataque a todo lo que era sagrado para ese pueblo, era una carga para el alma, por lo que su anhelo se apresuró a un futuro mejor, un futuro profetizado por los antiguos profetas; esto lo representan y buscan interpretar; y para determinar y anunciar su proximidad, porque creían que una transformación de las cosas y una poderosa interferencia de Dios eran inminentes. El ancla es la creencia en la sinceridad de Dios y de sus promesas, y las almas del autor y el lector experimentan una exaltación religiosa en estas perspectivas. Junto con este contenido existen peculiaridades formales distintas. Sobre todo, la preferencia por un tipo de discurso misterioso, medio velado y medio revelador, por un tipo peculiar de lenguaje pictórico que estimulará y satisfará el interés del lector. Que las comunicaciones se hagan en forma de una visión pertenece en particular a la vestimenta de las ideas. El autor se hace pasar por un vidente, ve cosas ocultas bajo la forma de simbolismo, o cuenta cómo un ángel lo mostró o reveló o explicó esto o aquello. Se interpretan las fechas o los números de los antiguos profetas, se agregan nuevos números y, por lo tanto, se intenta responder a la pregunta: "Señor, ¿cuánto tiempo?" De todo esto vemos que es una especie de forma artificial que exhibe este estilo de escritura. No todos pueden escribir así, estamos en el mundo de la profecía, de la formación e interpretación de visiones. Tal libro es nuestro Apocalipsis de Juan. Quien conoce los apocalipsis judíos ve a primera vista su consanguinidad con ellos. Ciertamente tiene un poco de judaísmo, y es en este sentido la escritura más judía del Nuevo Testamento, así como el mal griego usado revela que el autor era un judío cristiano. Luego viene la pregunta: ¿Cuál

es el propósito especial de este Apocalipsis? o no hay nada especial, excepto, tal vez, que simplemente agrega algo de color cristiano a la imagen del futuro en forma judía? No, no hay duda de que, con toda su dependencia de los prototipos, y con toda su relación con ellos, es un trabajo que tiene su propio punto de vista. Veremos eso si describimos la situación de la que surgió.

El Apocalipsis representa en buena parte las cosas que precederán al final, el advenimiento del reino milenarista; uno puede decir el drama de la última angustia y tribulación. Esta angustia es retratada como terrible, pero en el fondo aparece la figura del Conquistador Jesús, que triunfará sobre todos sus enemigos; la imagen de la Nueva Jerusalén, la ciudad con las calles doradas en las que reinará el Mesías. Vemos que la mirada del vidente capta con verdadero ardor este tiempo venidero. "Y, he aquí, vengo pronto" se dice de Jesús (22,12), y **el autor da al final del libro, como un eco de este dicho, la oración sincera y anhelante: "Aún así, ven pronto, Señor Jesús."** Esta ardiente esperanza de un cambio repentino de las cosas se explica por el hecho de que el autor escribe cuando el cristianismo tiene que soportar persecución a muerte, cuando el martirio lo amenaza. El autor se refiere a la situación: **todo el cristianismo debe enfrentar el martirio. Esa es una prueba de que no fue escrita antes del emperador Domiciano, sino que aparentemente fue bajo su reinado; el libro probablemente nació en los años noventa del primer siglo.** En esta situación, el vidente escribe para consolar a sus hermanos, antes de todo desea fortalecerlos, para que se mantengan firmes en su fe. Les predica paciencia y fidelidad en todo el libro. Enciende su ardor a través de las cosas gloriosas que dice de los mártires. Los representa como conquistadores. Ellos "saldrán de la gran tribulación", ataviados con brillantes vestiduras blancas; llevarán palmas en sus manos (7, 9). Él habla de las promesas que aguardan a aquellos que aguantan hasta el final.

Considerado de esta manera, ¿no se vuelve el libro inmediatamente más humanamente inteligible? ¿No sentimos cómo el gran poder de la fe habla de ello? ¿No entendemos por qué el autor mira con tanto anhelo el final? Ahora él ve que ha llegado el momento final, y muchos de los dichos del libro adquieren mucho más significado. "Sé fiel hasta la muerte, entonces te daré la corona de la vida" (2,10). Esa palabra nos impresiona más profundamente cuando sabemos que la muerte no es una mera frase, sino en realidad una amenaza.

Pero además, notamos otro lado del libro: el resplandor del odio del imperio romano. Este odio, también, es una reliquia del judaísmo, pero se ve reforzado por la situación del cristianismo, porque **Roma y el emperador son los enemigos del cristianismo y lo persiguen hasta la muerte. Y no solo castigan la confesión de Cristo, sino que buscan seducir a los cristianos a algo que a los ojos del vidente es el mayor de los horrores: el culto a la imagen del emperador. Eso fue en ese momento el requisito. Los gobernantes orientales se habían convertido desde hacía tiempo en objetos de veneración religiosa.** Ese culto se había propagado en el imperio romano; el llamado culto al Emperador era parte de la religión del Estado Romano, y se cultivó especialmente en Asia Menor, donde se originó nuestro libro. De modo que **el autor ahora ve en el reino romano y en su emperador al enemigo de Dios, el poder verdaderamente anticristiano, la "bestia que se levanta del mar" y "blasfema el nombre del Altísimo"**, pero es él mismo suplicado por hombres, y así, de acuerdo con su opinión, **el tiempo del anticristo ha llegado, que debe preceder al reino de Cristo**, e incluso detrás de sus metáforas lo dice claramente a sus lectores. **El Apocalipsis es un tratado de consolación y advertencia para los cristianos, y, al mismo tiempo, una polémica muy violenta contra el Estado romano.** Si todo el libro respira vida real, por otro lado, el autor no simplemente lo escribió desde el fondo de su corazón, de una manera indirecta; es, más que todo, un producto de aprendizaje y arte apocalíptico. Y aquí nuevamente surge la pregunta de cómo, entonces, todo este peculiar simbolismo del libro debe ser tomado.

La mayoría de las personas pensarán que el autor simplemente dio curso libre a su fantasía e inventó todo, e incluso los teólogos en gran medida han aceptado eso. Sin embargo, esa no es una solución práctica. Incluso la imaginación humana está obligada por las leyes, y aquí

parece haber ninguna. Además, el autor sin duda cree en sus propias profecías, por lo que no pudo inventar conscientemente lo que estaba escribiendo. A veces podemos entender de dónde proviene el simbolismo —por ejemplo, el imperio romano y el emperador, que se muestran como la bestia con cuernos y cabezas— aunque en la mayoría de los casos no podemos encontrar la fuente. Pero recientemente hemos llegado a un conocimiento definitivo. El profesor Gunkel tiene el gran mérito de haber allanado el camino: ha reconocido que en todos los simbolismos se incorporan viejas tradiciones. Por lo general, el escritor apocalíptico no inventa su materia: utiliza las tradiciones más antiguas, pero las altera y agrega las suyas propias. Esto evidencia por qué este simbolismo es, en su mayor parte, tan ininteligible. Originalmente significaba algo definido, y luego perdió este significado, y a pesar de esto, nuevamente se lo usa con otro significado. Hablemos más definitivamente. **El simbolismo de los escritores apocalípticos ya existía en el judaísmo; pero el Apocalipsis contiene mucho que originalmente no pudo haber sido producido en el judaísmo porque, propiamente hablando, contradice las ideas religiosas judías. Parece así que ciertas cosas tienen su origen último completamente aparte del judaísmo, en las religiones paganas; y en particular en la religión de Babilonia, así como también en la persa.** Ciertas formas mixtas que surgieron de ellos también son importantes. Un ejemplo o dos: El autor dice al principio (1,4): "Gracia y paz sean contigo del que es y del que era y del que ha de venir, y de los siete espíritus que están delante del trono, y de Jesús Cristo." ¿Qué quiere decir con los "siete espíritus"? Eso no es inteligible según las ideas cristianas. Pero más adelante leemos de siete ángeles, siete lámparas, siete candelabros, siete estrellas que son los ojos de Dios. Eso, para empezar, es oscuro. Pero es fácilmente reconocible que este número siete cristiano está relacionado con el número siete que el judaísmo reconoce al hablar de los siete arcángeles. Estos siete arcángeles tienen más probabilidades de ser los siete espíritus. Pero, ¿cómo llegó el judaísmo con sus siete arcángeles? Estos fueron asumidos por él, y de hecho fueron originalmente los siete planetas que entre los babilonios se consideraban como dioses. En el judaísmo, la realidad de su existencia no fue cuestionada, pero los dioses no podían existir para ellos junto al único Dios, por lo que fueron reducidos a la posición de arcángeles ante el trono de Dios. El autor del Apocalipsis tomó esto, pero al mismo tiempo la idea babilónica lo influyó de otras maneras. Que estos siete espíritus se encuentran junto a siete antorchas, lámparas, siete ojos de Dios, que, por así decirlo, miran hacia abajo desde el cielo, es a la vez explicable por el hecho de que originalmente fueron esos los planetas. No es que el autor supiera este origen de sus metáforas, o que él mismo tuviera la intención de hablar de ellas como tales. Pero ahora entendemos cómo sucede que usa esta peculiar imagen. Se lo debe a una tradición propagada a través de muchas generaciones.

En el capítulo 12 se habla de una mujer que está en el cielo vestida del sol, y debajo de sus pies la luna, y una diadema de doce estrellas en su cabeza. Esta mujer da a luz a un niño, que luego es perseguido por un dragón. Por el niño, el autor entiende el Mesías. La mujer, por lo tanto, era su madre. Pero, ¿cómo alguien, incluso con la más audaz imaginación, describió a María como una mujer en el cielo y la colocó junto al sol, la luna y las estrellas? Esta metáfora apunta al hecho de que tenemos aquí que ver con una idea mitológica. La mujer es una diosa celestial, y el dragón también es una criatura mitológica. En el fondo de esto, originalmente se encuentra una antigua historia oriental de los dioses, y podemos rastrear tales historias. Estas llegaron al autor por tradición, a través del judaísmo, y le dio a este material una interpretación que originalmente era bastante ajena a él, y que lo ayuda a expresar sus propias ideas religiosas. También se puede mostrar que **la representación de la Jerusalén celestial tenía originalmente una idea mitológica en su base.** El cielo mismo es concebido como una ciudad de los dioses. En consecuencia, por ejemplo, la idea de que la ciudad es igual en altura, en longitud y anchura; y, por lo tanto, también la idea de las calles resplandecientes doradas que lo atraviesan, o también de una corriente que fluye en medio de ella, que, de hecho, es la "Vía Láctea". Este método de explicación nos ayuda a comprender realmente; nos muestra cómo comprender gran parte del simbolismo del Apocalipsis, mientras nos enseña a reconocer su origen.

Por último, se puede mencionar un punto más. **Hace algunos años, un estudiante de teología hizo el descubrimiento de que partes del Apocalipsis debían haber sido originalmente escritas por un autor judío, y solo moderadamente alteradas por nuestro autor.** Desde ese momento y en adelante las fuentes del Apocalipsis han sido diligentemente investigadas.

Y de esta manera, una hipótesis ha seguido a otra. Y se ha intentado demostrar que el autor final simplemente unió fragmentos diferentes. Pero él no era un simple editor; a pesar de su carácter variado, todo el trabajo es demasiado una unidad. Por supuesto, seguirá siendo cierto que el autor adoptó y adaptó en este libro fuentes antiguas o menos antiguas, y en particular también elementos judíos.

Tomado en conjunto, espero quede claro que este libro contiene para el experto los problemas más interesantes, y que también debe atraer al profano, a causa de la energía de la fe con la que el autor, en un período de la angustia más severa, busca fortalecer el cristianismo y vivificar sus esperanzas.

IV

EL CANON DEL NUEVO TESTAMENTO

Mi última tarea es mostrar en palabras breves cómo estas veintisiete escrituras, cuyo origen hemos seguido, crecieron juntas en una unidad, formando el Canon del Nuevo Testamento, es decir, en un libro que llegó a ser atesorado como la ley principal de la fe cristiana y de la vida cristiana, y fue considerado la palabra inspirada de Dios.

Los comienzos de la colección del Nuevo Testamento tal vez procedan de alrededor del año 150 dC. Antes de esto, la Iglesia no poseía ningún Nuevo Testamento ni esperaba que habría uno. De esto no se desprende que este período más temprano hasta el año 150 dC no tenga importancia para el origen del Canon; es más bien un tiempo en el que se estaba preparando gradualmente su existencia.

Ante todo, debemos preguntarnos: ¿cuáles fueron las normas que existían al principio para la vida y la fe de las iglesias, qué autoridad reconocieron, sobre la cual se apoyaron, y a la que apelaron en los puntos debatidos?

Antes que nada debe mencionarse el Antiguo Testamento, la Escritura, como se la llamó, o las Sagradas Escrituras. **El Antiguo Testamento pasó silenciosamente al cristianismo.** La Iglesia, por lo tanto, por así decirlo, nació en posesión de una autoridad escrita. Se nota claramente eso desde el momento en que la Iglesia salió del útero del judaísmo. **Los cristianos gentiles recibieron el Antiguo Testamento de los cristianos judíos y lo celebraron con la misma reverencia;** y la creencia en su infalibilidad fue desde el principio una característica importante del cristianismo. El Antiguo Testamento fue en parte en el cristianismo lo que había sido antes para los judíos: el gran libro de la devoción, el libro de la enseñanza práctica divina para la vida y la moral, el libro de la verdad religiosa. Pero es más importante notar que el libro en otro aspecto esencial cambió de significado. **El aspecto principal bajo el cual el cristianismo lo consideró se volvió más y más el de la profecía. Todo fue tomado —no solo los libros proféticos, sino también la ley y los Salmos— como una colección de profecías de Cristo y el "final de los tiempos" que empezó cuando Jesús vino. Con esta interpretación, el Antiguo Testamento se convirtió en una obra apocalíptica mesiánica.**

Con el origen de la Iglesia surgió otra autoridad, las palabras de Jesús. **Al principio, sin embargo, no tenemos evangelios escritos, sino palabras de Jesús transmitidas por tradición oral libre.** En Pablo podemos ver cómo él decide cuestiones de la vida de la Iglesia con palabras del Maestro, que tenían en general importancia esencial como reglas de vida (aunque en cuestiones de fe no eran prominentes). **Estas palabras de Jesús fueron, por supuesto, en los primeros días aún bastante cambiantes; no existía aun un texto firme y fijo como el del Antiguo Testamento.**

Además de estas dos autoridades del pasado hubo autoridades vivas en la Iglesia, es decir, hombres en quienes los demás veían actuar al Espíritu de Dios —en particular los "profetas" que predijeron el futuro, y, por así decirlo, circulaban como videntes apocalípticos. Se creía que lo que decían, particularmente en sus éxtasis, estaba inspirado por el Espíritu.

Todo esto es verdad en los primeros días. Pero cuando el cristianismo tomó conciencia de que ya tenía un pasado surgió una cuarta autoridad, es decir, los apóstoles. Originalmente no eran autoridades dogmáticas pero pronto llegaron a serlo, y luego tomaron la posición de representantes de la verdadera doctrina de Cristo y, al mismo tiempo, como los decisores y garantes de esa doctrina. Los doce apóstoles son principalmente vistos como un cuerpo homogéneo que representa una autoridad pero, dado que aún sus escritos no importan, esa autoridad

es indeterminada.

Evidentemente tenemos en estos hechos ciertos elementos germinales de un Nuevo Testamento. Creemos que el desarrollo tiende a una valoración especial de los evangelios y de los escritos apostólicos, por otro lado. **Cuando los evangelios se convirtieron en los depositarios de la tradición de la vida de Cristo, fueron, por supuesto, antes que nada los receptáculos en los que se almacenaba la costosa joya, pero sentimos que finalmente el receptáculo sería considerado como la joya.** Por otro lado, la autoridad apostólica no siempre podía permanecer tan indeterminada como al comienzo. Tan pronto como hubo una literatura apostólica, era inevitable que fuera atesorada cuidadosamente. El gran respeto por los profetas cristianos prefigura una especial estima por los escritos proféticos, es decir, apocalípticos, en el futuro. Finalmente, hay que enfatizar que aunque el Antiguo Testamento fue tratado con reverencia, existía desde el principio una línea guía a lo largo de la cual todo el desarrollo subsiguiente debe proceder inconscientemente; es decir, cuando una vez las escrituras cristianas generalmente comenzaron a disfrutar de un valor más alto que otras, la meta no se alcanzó hasta que se las colocó en una igualdad completa con el Antiguo Testamento, y se las consideró igualmente infalibles e inspiradas con ellas.

Mientras tanto, el período hasta el año 150 dC sigue siendo, en otro aspecto, un tiempo de preparación. **Antes de que los escritos cristianos fuesen atesorados** como canónicos y distinguidos por encima de otros, **deben ser recogidos.** Tales colecciones se hicieron en este período de varias maneras, aunque sabemos proporcionalmente poco sobre el tema. **Ciertamente, las epístolas de Pablo fueron recogidas temprano. En el caso de los evangelios debemos asumir que originalmente cada iglesia, cuando poseía un evangelio tenía solo uno. Con el tiempo, esto sería conocido por otras iglesias. Cómo exactamente los actuales cuatro evangelios fueron reunidos aún no ha sido explicado realmente.** Además, la recopilación y el intercambio no eran meramente una cuestión de actividad privada. Un punto principal es más bien que las escrituras cristianas comenzaron a leerse en servicio divino, y fueron provistas para este mismo propósito. Por esta razón, los hombres de forma natural y gradualmente se acostumbraron a otorgar un valor especial a estos escritos.

Junto a este primer período colocamos un segundo, que abarcó desde alrededor de 150 dC a 200 dC. Es el período durante el cual se desarrolló el tronco principal del Nuevo Testamento, y por lo tanto, a este respecto, el período más importante.

En efecto, tenemos testimonios de alrededor del año 150 dC de que los evangelios fueron leídos en servicio divino junto con el Antiguo Testamento, pero aún no eran vistos como escritos inspirados: eran valorados por su contenido, y no como escrituras. Papías, Obispo de Hierápolis, explica con toda tranquilidad que buscó la tradición oral de las palabras de Jesús, porque para él esa tradición oral parecía tener más valor que la transmitida en los escritos. Ya en el año 150 dC, el Apocalipsis de Juan emerge como un escrito de gran reputación. Por otro lado, las epístolas de Pablo —el mismo Justino Mártir nos da información sobre la lectura de los evangelios en el servicio divino— aparentemente no se encuentran al mismo nivel de los evangelios; se mantienen bastante al fondo. Encontramos otra referencia al caso en los escritos de un hombre de este período a quien la Iglesia odiaba amargamente: había sido miembro, pero luego decidió formar su propia iglesia. **Sin duda un hombre destacado, con mucha afinidad con los gnósticos y con otros grupos. Su nombre era Marción. En sus obras aparece por primera vez una especie de Canon, compuesto de dos segmentos: (1) nuestro Evangelio de Lucas en, por supuesto, una forma alterada —simplemente considerado como *el* evangelio; (2) diez epístolas de Pablo (las epístolas pastorales no incluidas). Marción honró a Pablo en oposición al resto de los apóstoles.**

Esa es la posición de las cosas alrededor del año 100 dC. Cuán diferentes son las circunstancias

cerca del AD 200. Aquí encontramos en los grandes maestros de la Iglesia, Ireneo de Lyon, Tertuliano de Cartago, Clemente de Alejandría, un nuevo Testamento ya existente, con distintos componentes según las regiones. **En Alejandría, por ejemplo, los límites son amplios, y algunos escritos que hoy no están en el Canon, estaban incluidos.** En la misma época, también tenemos una lista adecuada de libros del Nuevo Testamento en el llamado fragmento Muratorio. Aquí se enumeran cuatro evangelios, los Hechos de los Apóstoles, luego trece epístolas de Pablo. A estos se agregan la Epístola de Judas, y dos epístolas de Juan; la Epístola de Santiago y la Epístola de Pedro no se encuentran; mientras que la Primera Epístola de Pedro pasa como canónica a otra parte. A esto hay además el Apocalipsis de Juan, y al lado de él, **el Apocalipsis de Pedro tiene en muchos lugares un valor canónico;** y una **tercera escritura apocalíptica, el llamado Pastor de Hermas, es respetado en algunos lugares,** aunque ya comienza a perder parte de su honor. En medio de esta enumeración **también se encuentra la Sabiduría de Salomón,** que ahora es uno de los apócrifos del Antiguo Testamento. *En general,* podemos decir que por este tiempo y en las iglesias principales todos nuestros escritos actuales del Nuevo Testamento fueron incluidos en el Canon, con la excepción de la Epístola a los Hebreos, la Segunda Epístola de Pedro, la Segunda y Tercera Epístolas de Juan y la Epístola de Santiago. Pero de vez en cuando también había otros escritos en el Canon, como en **Cilicia alrededor del año 200 dC, el Evangelio de Pedro se usaba como escritura canónica;** en Siria se usaba el llamado **Diatessarón, una armonía de los evangelios, no nuestros cuatro evangelios.**

¿Ahora cómo pudo completarse ese desarrollo en este período de 150 dC a 200 dC? Hemos visto que al atribuir valor a las palabras del Señor y las escrituras de los apóstoles, había una tendencia natural a la formación de cánones de esas palabras, pero eso no explica todo. Un punto principal aquí fue la batalla de la Iglesia contra el Gnosticismo y otras tendencias antagónicas a la Iglesia. En esta batalla, la Iglesia necesitaba medios de prueba firmes, documentos seguros que demostrasen que la Iglesia tenía razón, y que refutasen los errores de sus oponentes. Esto contribuyó mucho a aumentar el valor de estos libros, porque el Antiguo Testamento solo no proporcionaba las armas necesarias. Era necesario poder mostrar lo que era la enseñanza de Cristo y sus apóstoles, y era necesario poder rechazar mucho de lo que se presentaba como apostólico. A esto se agrega el hecho de que los propios oponentes probablemente le ganaron de mano a la Iglesia. Al menos Marcion parece haber ganado de mano en formar un canon.

Todavía queda un tercer período, hasta la conclusión del Canon. Esto se alcanzó antes en Occidente, y eso a fines del siglo IV. Duró más tiempo en la gran iglesia oriental, aún más tiempo en las iglesias separadas de Oriente, como en **la siria. Aquí, por ejemplo, los cuatro evangelios no fueron reconocidos antes del siglo IV, y no sin conflicto.**

El contenido de estos períodos no tiene el mismo interés que el primero, ya que se trata únicamente de finalizar la selección de los documentos aprobables, excluir escritos que durante un tiempo pasaron como canónicos y reconciliar las diferencias entre las diversas iglesias. Sin embargo, este período también muestra muchos fenómenos notables, por ejemplo, **en Oriente, la Revelación de Juan estuvo a un pelo de ser nuevamente sacada del Canon en el siglo IV.** Por otro lado, la Epístola a los Hebreos gana autoridad canónica por primera vez en Occidente. Y **no es hasta este momento que escritos tales como la Segunda Epístola de Pedro, la breve Epístola de Juan y la Epístola de Santiago, son admitidos.** Pero en el Canon siempre surgen nuevas escrituras, por ejemplo, los Hechos de Pablo gozan durante un tiempo de gran consideración, y una Tercera Epístola a los Corintios (una compilación bastante tardía) gana autoridad en algunos sectores. La Iglesia no juzga estos escritos según los estándares históricos sino, propiamente hablando, simplemente pregunta acerca de la enseñanza que contienen. Aún así, lo que apareció tarde ya no podría convertirse en la posesión común.

Es la Iglesia la que creó el Nuevo Testamento. Y la Iglesia no está aquí de ninguna manera

como la comunidad de todos los creyentes, sino en verdad de los teólogos y obispos gobernantes —son ellos los artífices del Canon. Eso nos muestra una vez más que tenemos el derecho de hacer que las escrituras del Nuevo Testamento sean un tema de investigación imparcial. Porque los juicios de los teólogos y de los Padres de la Iglesia del segundo al cuarto siglo no pueden ser decisivos para nosotros, y más aún, como sabemos, estos juicios a menudo estaban en desacuerdo. Mientras tanto, hay una cosa bastante cierta. Por supuesto, hay algunos antiguos restos literarios cristianos que son más antiguos o tan antiguos como una serie de libros del Nuevo Testamento; también hay algunos —por ejemplo, la llamada Enseñanza de los Doce Apóstoles— que tienen un valor religioso tan elevado o superior, como, tal vez, la Epístola de Judas o la Segunda Epístola de Pedro, o las epístolas a Timoteo y Tito. Sin embargo, en general es cierto que entre las escrituras cristianas más antiguas que existían entonces las de mayor valor religioso — y entre las que tienen igual valor religioso, las más antiguas— se han abierto paso en el Nuevo Testamento. Y el que hoy, a partir de la totalidad de los libros existentes en ese momento, debiese formar una colección de quizás veinte de ellos, estaría, en general, obligado a elegir lo mismo que la Iglesia eligió entonces.

He llegado al final. He intentado con concisión necesaria, y a menudo simplemente con una brocha gorda, resumir ante ustedes lo que la investigación teológica actual cree sobre el origen de los escritos del Nuevo Testamento. Esta debería haber sido una mera enumeración de hechos, y espero no haber presentado nada más. En todo caso, nada está más lejos de mi intención que herir los sentimientos de alguien. De la misma manera, este trabajo no debería contribuir a fomentar dogmatismos en estos temas.

Es cierto que la ciencia nos obliga a corregir muchas opiniones heredadas sobre el Nuevo Testamento, pero creo que la ciencia también nos da algo; Quiero decir que vuelve interesantes y frescas las escrituras del Nuevo Testamento porque nos enseña cómo entenderlas como productos de la historia religiosa real, como documentos en los que se deposita la vida, la fe y el pensamiento reales de las primeras generaciones cristianas. El aliento de la vida nos sopla; allí habla un período de progreso rico, conmovedor, esforzado y esforzado; de ella hablan hombres que se entregaron con toda su alma, con fervor —no, con celo apasionado— al nuevo evangelio, que consistía en conquistar el mundo, y que estaban inspirados por la profunda seriedad que demanda la religión genuina.